

San José, Costa Rica

1925

Lunes 21 de Setiembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Sobre la pequeña jerarquía*, por Raúl Montero Bustamante.—*Amor en las breñas*, por Luis L. Franco.—*Palabras de despedida*, por J. Vasconcelos.—*Nuestra Tierra Prometida*.—*Apoteosis a Luis C. López*.—*Don Francisco Giner de los Ríos*, por Manuel Pedroso.—*Andersen*, por Augusto d'Halmar.—*Imperialismo*.—*Página lírica* de Miguel de Unamuno.—*La pena de muerte*, por L. E. Nieto Caballero.—*Comentarios fugaces*, por El Pasajero.—*Carta abierta*, por Eugenio D'Ors.—*Un desengaño*.—*LA EDAD DE ORO* (Lecturas para niños): *El signo sutil*, por Eugenio D'Ors.—*El árbol bueno*, por Agustín Acosta.—*El anillo de Policrates*, por Herodoto.

Sobre la pequeña jerarquía

POR

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE

(La Prensa, Buenos Aires).

ABEL Bonnard ha intentado, en un artículo muy ingenioso publicado en un diario parisiense, establecer una clasificación de los hombres que en una forma o en otra intervienen en el gobierno de las sociedades, o sea en la actividad política. En el fondo, todos somos un poco políticos, ya que en la sociedad moderna no puede concebirse el hombre que prescinda en absoluto de esa actividad tan compleja y universal que se llama política. La clasificación de Bonnard, que él llama «pequeña jerarquía», se refiere, sin embargo, a aquellos para quienes la política constituye ocupación habitual y permanente. El toma esa inmensa muchedumbre de hombres que se confunden en la obra de gobernar a las naciones, y los clasifica en grupos perfectamente caracterizados. Esta labor de clasificación no es para el escritor francés mero pasatiempo; Bonnard dice con mucha razón que en esta época de confusión universal es muy necesario tener ideas claras y concretas. Y nada más conveniente, por cierto, que aclarar los conceptos que se refieren al arte de gobernar a los hombres.

Prescindiendo de tipos intermedios—los matices son infinitos—, Bonnard halla en el teatro de la política estos tipos genéricos: el estadista, el político, el politicastro (*politicien*) y el demagogo. El estadista u hombre de Estado, es un tipo superior que «vive a la altura de la historia»; rara vez es popular, puesto que más que buscar la adhesión superficial de las masas, él procura asimilarse y traducir su instinto profundo. Ejemplos del género son: Pitt en Inglaterra, y Thiers en Francia, y para modernizar más el ejemplo podría citarse a Wilson, a Lloyd George, tal vez a Poincaré. El estadista es el hombre que por la sola acción de su genio político, traducido en ideas e iniciativas, y otras veces en rasgos de carácter inconfundible, se convierte en árbitro de los destinos de las naciones; él es señor de la paz y de la guerra; y es capaz de torcer o rectificar el curso de los acontecimientos. El político, según Bonnard, está por debajo

del hombre de Estado, pero es digno de comprenderlo. Así como el estadista es un personaje solitario, el político trabaja en comunidad; menos grande que aquél, es también menos peligroso. Este tipo gregario posee el conocimiento de las necesidades sociales y tiene la experiencia del gobierno. En el fondo, el político es un elemento de orden aun dentro del desorden, de conservación aun dentro de la destrucción. El politicastro (*politicien*) es el hombre que vive de la política, el verdadero profesional, para quien el problema primario consiste en la conservación de la posición conquistada. Para él todos los medios son buenos; pero este ejemplar tiene el arte de la apariencia y sabe por lo tanto disfrazar con actitudes teatrales, muchas veces de buen efecto, sus más lamentables caídas. El demagogo, por fin, es el intérprete de la inferioridad; es la voz de la envidia, del odio, de todos los sentimientos inconfesables. Hace su odioso papel invocando los grandes principios, la justicia, el ideal. Estos demagogos, según el escritor francés, pueden destruir un país cuando los politicastros lo han corrompido.

Nuestros políticos

Tal es la pequeña jerarquía política que propone Bonnard y que, con ciertas limitaciones, correcciones y ampliaciones, podría ser aplicada a estas sociedades de Hispano América. No busquemos aquí al estadista «que vive a la altura de la historia». Acaso existió alguna vez como ejemplar esporádico, pero hoy es difícil hallarlo, aun cuando en ciertas circunstancias nos ha parecido advertir vagamente su silueta. Este tipo es el producto de una evolución social secular,

y de un proceso también de cultura secular. Para que aparezca, con los caracteres diferenciales que le acuerda Bonnard, es preciso que haya continuidad y coherencia en el desarrollo físico y moral de la sociedad. Estos países de aluvión, en que todo se transforma fundamentalmente en un cuarto de siglo, carecen por ahora de ese permanente *substratum* que da vida y nutre a estas poderosas individualidades. En cambio del estadista, tenemos en la América española al caudillo, tipo que no figura en la pequeña jerarquía de Bonnard. El caudillo suele ser un hombre de Estado a su modo y a nuestro modo americano, y aun se da el caso de que, como el estadista, «viva a la altura de la historia». El caudillo es civil o militar, pero antes que nada es caudillo. Es evidentemente un ejemplar superior de la especie, si no siempre por el talento y la cultura, sí por el carácter y, sobre todo, por el instinto que le presta cierto sentido de adivinación respecto a los problemas que interesan a los pueblos. También el caudillo, como el estadista, es un ente solitario aun cuando viva en medio de la comunidad. Ejerce la autoridad de que se siente ungido con la solemnidad de un rito religioso, y aun se da el caso de que cierta aureola mística rodee, defienda y agregue sugestivo misterio al prestigio del personaje. Si el caudillo no es tan grande como el estadista, en cambio es más peligroso, puesto que su acción no tiene control ni límites.

Ser político en estas sociedades de América, al menos con el influjo intelectual y moral que acuerda Bonnard a esta especie, es privilegio de pocos. El político es siempre un intelectual puro que no halla acomodo en el proceso hecho de imprevistos del gobierno. En el ministerio será siempre un factor de crisis; en el Parlamento, un teorizante sin partido. El politicastro, en cambio, forma legión. Es el profesional de la política y no hay profesional que defienda con más ardor su profesión, y, sobre todo, los beneficios que ella produce. Su actividad es capaz de desarrollarse en todos

los planos, desde los superiores hasta los más bajamente subalternos. Es esta una plaga parasitaria del presupuesto, cada vez más frondosa y voraz.

El demagogo hispanoamericano, cualquiera sea su ideología, es, tal vez, preferible al politicastro. En él hay algo de idealidad y hasta de romanticismo. Su demagogia es generalmente verbal e imaginativa. Muchos de ellos son en la intimidad excelentes y pacíficos burgueses. Estos demagogos son menos temibles y peligrosos que los profesionales políticos, y hasta tienen sobre éstos la ventaja de que muy a menudo evolucionan y se transforman en elementos útiles: El politicastro, en cambio, morirá en su ley, defendiendo su posición, abrazado al presupuesto, que es su verdadera y única bandera.

Esta pequeña jerarquía debía comprender también a los *dilettanti* de la política, curiosos ejemplares que se lanzan a la vida pública sin más objeto que experimentar las sensaciones del éxito, de la derrota y del peligro, y saborearlas sucesivamente, sin persistir ni perseverar en la acción. Existe una clase, generalmente inferior—y ¡cuán superior sin embargo!—de hombres abnegados y leales que sirven a los políticos creyendo servir a su partido; que se entregan desinteresadamente a la más intensa acción sin pedir nada para sí; que se contentan con servir de escabel para que los demás se sienten cómodamente en el banquete del gobierno. Estos anónimos son la carne de cañón de la política, y su único premio, su sola gloria, es el abrazo que un día les dió el caudillo ante la asamblea de un club de barrio, y el suelto necrológico con que les despidió el diario del partido.

Por fin, en el último peldaño de esta jerarquía, ¿no estamos todos los que nos limitamos a asistir al espectáculo político desde la barrera y solamente nos reservamos el placer de juzgar los pasajes de la larga comedia? ¿No es esta también una manera de ser políticos, y tal vez, la mejor? Por lo meaos es la más inofensiva, ya que ni nuestro juicio será tenido en cuenta, ni nuestras ideas influirán en lo más mínimo en el desarrollo de los sucesos. Después de todo, no hay mejor posición, dentro de la jerarquía política, que esta que nos permite ver, estudiar y juzgar a nuestras anchas, sin que nos alcance la gloria, pero tampoco la responsabilidad que pesa sobre las espaldas de los que se dedican al difícil arte de gobernar a los hombres.

El arte de la política

Esto del arte de gobernar a los hombres no es una cosa completamente arbitraria. Southey, cuyas originales ideas sobre política han sido muy agudamente analizadas por Macaulay, pretende hacer figurar el gobierno en el número de las bellas artes. Para el escritor inglés, todos los hechos que se refieren al gobierno de la sociedad deben ser juzgados como podría juzgarse una obra del ingenio, esto es, por el efecto que producen en la sensibilidad y en la

imaginación. Crea con esta fórmula Southey un nuevo concepto de la historia que, a ser aplicado corrientemente a la vida política cotidiana, daría motivo a una curiosa crítica, y, sobre todo, a una nueva ética social. Imagínese, en efecto, lo que sería un acto de gobierno, una elección política, una discusión parlamentaria, una ley cualquiera, juzgados exclusivamente desde el punto de vista estético. Y, sobre todo, imagínese lo que sería un motín, una revolución, una matanza, un saqueo, juzgados con el mismo criterio. A poco que el espectáculo interesara a los sentidos, tendríamos el elogio de la atrocidad y la barbarie.

En la política de todos los pueblos pasa, sin embargo, un poco esto. ¿No estamos, acaso, acostumbrados a admirar, en el orden histórico, rasgos de ferocidad, de soberbia y de satánico orgullo? La historia antigua y moderna, ¿no está llena de comediantes y tragediantes cuyos gestos, muchas veces odiosos, nos conmueven hasta la admiración? Ramos Mejía ¿no ha dicho que Rosas es el tipo más original de la historia de América, y, para apoyar su juicio, no ha afirmado acaso, que el león, grandioso porque devora y mata, no es menos grande

para la admiración del artista y del filósofo? Y, dentro del orden contemporáneo, ¿no nos sentimos atraídos a cada paso por movimientos de simpatía, y aun de admiración, hacia hombres y acontecimientos que seguramente no merecen tal tributo de nuestro espíritu?

La política tiene evidentemente dos planos: el plano en que se desarrollan los sucesos triviales de todos los días, cuyo interés subalterno preocupa a los menos, y ese otro plano en que se desarrollan los sucesos trascendentales que interesan a todos. En este plano, muy generalmente «se vive a la altura de la historia», y es en él donde se aprende ese arte complejo que participa de la estética de Southey, pero que tiene sus fundamentos en los principios inmutables de la ética.

Por lo que hace a la «pequeña jerarquía política» de que hemos hablado, ella abarca por igual a la muchedumbre que se mueve en los dos círculos, y decimos círculos porque, a veces, estos hemisferios políticos traen realmente el recuerdo de los terribles círculos dantescos.

Montevideo, junio de 1925.

Amor en las breñas

ELLA tenía trece años y él algo menos. La chica era morenilla y delgada, de gracia vivaracha y ojos de sombrío encanto. «Va a ser muy alajita», decían todos, cuando pasaba la Milagro. Juan era un muchachuelo callado, un poco tímido y de mirada triste.

Los ranchos de los dos chicos quedaban próximos, y sus familias eran amigas. Ellos se habían criado casi juntos.

Algunas tardes, especialmente en invierno, iban al cerro a buscar leña en compañía de otros rapaces de la vecindad.

En tales excursiones había nacido entre Juan y la Milagro, poco a poco y sin que apenas ellos mismos se diesen cuenta, un sentimiento de atracción recíproca. Con los días tal sentimiento fué arraigándose más y más, sobre todo en él. Si, en él sobre todo. En el cerro, a pesar de su reserva y del temor de que los otros chicos lo advirtieran, encontraba modo de agregar alguna leñita en el hacecillo de la chica o de ofrecerle cualquier minucia: un caracolillo, una flor o alguna hierba de las que buscan para remedio.

Cuando no iba al cerro, pensaba todo el día en ella. De noche la soñaba a menudo. Con esa facilidad dichosa con que los niños resuelven las cosas de la vida, tenía dispuesto que la chica sería su mujer. Se casarían ¿por qué no? Claro que cuando él fuese grande, un hombre, y como Ramón Sosa Suárez, el hijo de ña Justina, que había sido un muchacho hilachento como él, hubiera vuelto de Tucumán o de Jujuy, bien vestido, con plata y montura chapeada...

Ella por su parte, si bien no se había dicho cosas semejantes, prefería, a la de

cualquier otro, la compañía del buen chico cuya mirada tristemente dulce la llenaba a veces de vaga confusión, obligándola a bajar los ojos.

En la siesta de fines de otoño, nublada y fría, la pandilla de chicos comenzó a subir por la falda del cerro. Veíanse los pañuelos cafés o negros de las mujercitas y los ponchos de vivos colores de los varones. Juntando una aquí, otra allá, leñitas de maravilla, de cedrón, de jarilla, de garabato, rompían con sus voces y sus risas el silencio de las breñas. Parado sobre una peña uno de los chicos cantó a pulmón pleno, con la cara enrojecida por el esfuerzo:

Ayer canté en La Frontera
y hoy canto en El Sauzalito;
a mí me gusta cantar
en cada pago un poquito.

Otro le contestó desde allá lejos, sin dejar de tironear para arrancarla una planta seca:

Di ande será ese muchacho
tan metido en la malicia;
parece gallo chascón
revolcao en la ceniza...

En el cielo, blanquecino de nubes, las cumbres distantes se recortaban muy azules. El cerro, casi desnudo, vestía pobremente su pardo sayal de invierno. Estaba triste el cerro. No se sentía en el ambiente la vecindad de las yerbas de olor, ni los cardones entreabrían en alto el gran cartucho blanco de sus corolas, ni la flor del aire mostraba entre las quiebras su nievecita primaveral. No había tampoco pasacanas.

De pronto, saliendo de debajo de un peñasco, uno de los chicos gritó con voz atiplada:

—¡Vengan, hom! ¡Una lachiguana!

En un instante acudieron casi todos como pájaros. Armados de sendos manojos de pichanas u otras plantas, para defenderse de las abejas, se dispusieron al ataque. Uno debía picar la lachiguana. Juan se aprestaba ya a ello, estimulado por la presencia de la Milagro. Muy bien tapado con su poncho se arrimó hasta dos pasos de la rústica colmena y le dió un picazo con un palo. Poco después la alegre compañía repartíase los panales de miel, ya acaramelada por lo avanzado del año.

El nublado fué oscureciéndose poco a poco, y de pronto empezó a llover. Entre una viva algazara la chiquillada comenzó a bajar a toda prisa, y la lluvia, muy fría, arreció rápidamente. Los leñadorcitos se guarecieron entre las breñas. Así, la Milagro y Juan vinieron a quedar solos bajo un peñasco, y allí se acurrucaron.

—¿Le hace frío?—preguntó él, que sin saber por qué y casi sin advertirlo, había comenzado a tratarla de «usted».

—Sí, mucho... y a... «usté».

—También... Tome, tapesé con mi poncho...

—Güeno... pero... se tapemos los dos...

Volviendo del pueblo donde había pasado más de año y medio al lado de un hermano casado, Juan venía rumiando su tema favorito: la Milagro... La imagen de ésta, en efecto, no lo había abandonado un solo instante. Recordaba con precisión muy viva los más menudos detalles de su idilio: el primer clavel que él se había animado a regalarle, el anillito de plata que le pidiera un día, los versos escritos en una hoja de cuaderno que le entregara otra vez, y sobre todo, aquel primero y único beso que se habían dado, bajo el peñasco, la tarde de la lluvia... Recordaba también que desde ese día la Milagro no había vuelto al cerro, y la impresión que esto le había producido a él, que sentía como si algo le apretara el pecho, haciéndole suspirar como a la fuerza. Y recordaba cómo desde entonces esas idas al cerro, antes tan alegres, se habían vuelto una pura pena; no sabía decirse en palabras, pero era como si todo estuviera vacío, y que el cerro hasta en la primavera fuese tan triste como en los peores días de invierno.

Pero sentía que el corazón le golpeaba más ligero cada vez que se representaba la cara de la Milagro y ese modo de mirar que tenía en ciertos momentos, entrece rrando los párpados, y su risa tan clarita y tan linda, y la pollerita overa que tenía el último día, y los ojitos tan tristes con que lo había visto partir...

La había visto a los dos días de llegar. Estaba ya casi hecha una mujer y más linda, más señorita que antes. El se había sentido torpe y avergonzado al saludarla... Pero

instintivamente creyó advertir que ella no correspondía a su emoción. La hallaba... no sabía cómo decir... como si no fuera la misma con él... ¿Qué podía ser? Quizá lo supiera más tarde, sin preguntar a nadie, por cierto, porque todo menos dejar entrever siquiera su secreto.

Pocos días después, una tarde estaba cortando pasto en una viña. Dejó de hachear para examinar el filo de su machete, que acababa de dar contra una piedra, cuando sintió que venían conversando por el camino. Prestó atención. Eran un hombre y una mujer. Las palabras de él, que hablaba en voz baja, no se entendían bien. Las de ella, en cambio, llegaban claras. A Juan se le saltó el corazón... Era la Milagro.

—Pero sí es su clavel ¿que no ve?

—.....

—¡No creo lo que me dice!

—.....
—Bah, y entonces ni se v'acordar de mí...

Y por instantes se interrumpía para reír.

Juan sintió como si le faltara el aire. Tenía la garganta seca. Le latían las sienes y el machete temblaba en sus manos. Por un claro del seto vió después que la pareja llegaba hasta la encrucijada y se detenía. El era un mozo alto y bien vestido. Y vió que la tomaba a la Milagro por la cintura y la besaba y que ella se desprendía de pronto y se dirigía corriendo en dirección a la casa, mientras el mozo la seguía con los ojos, sonriendo satisfecho...

Y Juan lloró sus primeras lágrimas de hombre.

LUIS L. FRANCO

(*La Prensa*,
Buenos Aires).

Palabras de despedida

Barcelona, agosto 13 de 1925.

Señor Director de *El Sol*.

Madrid.

Muy estimado señor mío y amigo:

En vísperas de salir de España, me atrevo a pedir un nuevo favor a usted, a quien tanto debo. Quisiera que las columnas de su noble diario dispensaran acogida amable a unas cuantas palabras de despedida. Me voy de España lleno de gratitud por lo que he visto, por lo que he aprendido y por el afecto que me ha rodeado en cada momento de este inolvidable viaje. Por todas partes he sido tratado fraternalmente y me he sentido un poco en la situación del descendiente de aquellos que un día dejaron la patria peninsular en actitud más o menos rebelde y con el propósito de crear un nuevo mundo. ¿Y acaso esta herencia no nos da a nosotros cierto derecho de inquirir de los que han quedado en el viejo solar qué es lo que se ha hecho y lo que se intenta hacer de sus destinos? Así, pues, no me he sentido extraño ni por causa de ustedes ni por causa mía, y ahora con mayor atención que antes seguiré ocupándome de los asuntos de España, no sólo con el derecho que por ser hombre tengo de opinar y de juzgar a todo el planeta, sino más particularmente como miembro de la familia de las naciones de habla española.

Mucho me complace poder afirmar, al término de mi viaje por España, que todo español, desde el más humilde hasta los más encumbrados, profesa simpatía y demuestra cordialidad por todo lo que se refiere a la América hermana. La existencia de

esta honda simpatía es una fuerza y una esperanza. Los españoles contemporáneos me han hecho sentir toda la profunda ternura y la verdad que se encierran en el nombre que solemos dar a España del otro lado del mar: la Madre Patria. Como una madre hubiésemos querido amarla siempre, aunque no siempre nos ha sido posible hacerlo. Y la razón es muy clara. La diferencia entre la patria y la madre es ésta: a nuestra madre no la hacemos nosotros ni podemos cambiarla, en tanto que la patria es y debe ser obra nuestra. Si por herencia se nos da una patria injusta, tenemos el deber de corregirla y de tornarla justa. Si heredamos una patria oprimida, tenemos el deber de libertarla. Esta posibilidad de transformación de la patria nos obliga a ser severos para juzgarla y resueltos para enmendar sus yerros y mejorar sus propósitos. Fundamentalmente no es la patria una cosa que se hereda, sino una cosa que se construye, y todo constructor está obligado a hacer que la obra coincida con el ideal. Por eso es legítimo hasta deshacer la patria, si lo exige la justicia o lo impone un ideal superior. Sólo así será el patriotismo una fuerza sana y elevada. Yo, por mi parte, protesto que seré fiel al amor de España, pero fiel a mi manera, fiel nada más a España y al alto ideal que España debe llegar a encarnar en el mundo. La trataré como trato a Méjico: con severidad cruda muchos veces, con exaltación ferviente algunas veces, pocas veces.

Debo a España, como ya dije antes, una acogedora hospitalidad y el tesoro de muchas enseñanzas. Debo

también a este viaje la satisfacción de haber conocido a algunos de los hombres más ilustres de nuestro tiempo. Fué ahí mismo, en la Redacción de ese estimable diario, donde usted quiso darme la oportunidad de conocer, en una sola hora a Eugenio d'Ors y a Ramiro de Maeztu, con Blanco-Fombona y Díez-Canedo, Araquistain, Gómez de Baquero, Bagaría y todo el personal de esa casa; más tarde tuve ocasión de hablar, en diversas ocasiones, con Valle-Inclán y con Luis Bello, con Salaverría y con Pedroso, con Alvarez del Vayo y con Ortega y Gasset, con Aparicio y con Marcelino Domingo, con Fernando de los Ríos y con Gabriel Alomar, y

los educadores y patriotas catalanes Aynaud y Agell, y con los sabios ilustres y grandes educadores modernos de la Junta de Ampliación de Estudios y Residencia de Estudiantes de Madrid, con Cossío y María de Maeztu, y Jiménez; conocí a todos éstos, es decir: a todos los grandes de España; pocos faltan para completar la lista ilustre. Pero no solamente a estos más notorios recuerdo con admiración y entusiasmo; también a otros, no tan célebres, pero igualmente valiosos por la elevación moral, la esperanza y el patriotismo, tuve oportunidad de tratar en Andalucía y en Asturias—para mis indios de esta última provincia, vaya

un adiós cariñoso—. No sólo en Andalucía y Asturias, también en Salamanca y en Valencia y en Barcelona; por todo donde fuí encontré gente patriota y resuelta que acabará por hacer de España una gran patria. De los jóvenes llevo también una impresión directa, gracias a políticos como Jiménez Siles, y a poetas como Balbontín y Alberti. No es posible mencionar todos los nombres, pero de todos llevo un recuerdo conmovido. Les ruego que me cuenten invariablemente entre los suyos.

J. VASCONCELOS

(El Sol. Madrid).

ESTÁ en nuestras manos la bella colección de artículos que en tomo elegante y nitidamente impreso, ha reunido Alejandro Alvarado Quirós, con el simpático y sugestivo título de *Nuestra Tierra Prometida*.

En estos días oscuros y lluviosos de chismes y apasionamientos, en que los bajos apetitos parecían haberse adueñado de nuestras publicaciones, el rayo de luz y de idealismo que trae a nuestra alma el entusiasta y patriota escritor, fortalece nuestro espíritu, nos hace olvidar las cotidianas pequeñeces de la vida, eleva nuestro corazón y nos obliga a pensar en cosas grandes, en nobles y generosos esfuerzos, en una Costa Rica bella que ha vivido una historia recatada y pundonorosa y a la que sonríe, como premio a las virtudes que hasta hoy la han adornado, un brillante porvenir.

Bien hayan los escritores que saben producir tales sentimientos.

Alvarado en su libro presenta novedades que son fruto rico y sazonado de su experiencia.

Las primicias de su talento las dedicó a los primores del arte francés, y en mucha parte a cantar a la Nación europea literaria por excelencia—sus *Piedras preciosas*, cuentos admirablemente seleccionados y traducidos en compañía de otro exquisito, Fabio Baudrit, las *Lilas y Resedas* de igual origen y trabajadas del mismo modo, pero sin colaboración; los *Episodios Novelescos de la Guerra*; su mismo artículo *Un Busto Querido* dedicado al príncipe de los cuentistas entre los estudios Jurídicos y críticos de *Bric a Brac* (título que es un galicismo) sirven para probar nuestra afirmación. *Bocetos* ya es una semblanza de artistas y hombres de letras costarricenses; pero aun allí mismo se encuentran las citas y los recuerdos de Hugo y de Musset, de Chenier

Nuestra Tierra Prometida

y de Rostand, de Moliere y de Gautier, de Capus y de Mistral.

Por algo lleva don Alejandro en su cuello, con todo merecimiento, la corbata de la Legión de Honor!

No quiere decir eso que Alvarado desdeñara nunca los asuntos de la patria. Al contrario, siempre espigó en los campos de su historia, juzgó los hechos palpitantes de su actualidad y fue cronista elegante y refinado de sus salones. Pero ha dejado de ser Lutecia la principal inspiradora de sus entusiasmos y de sus sensaciones; hasta se atreve a decir en una página: «a veces París produce un hastío imposible de curar». Ahora es Costa Rica «la pálida Virgen de negros ojos fascinadores» la musa de su obra.

El principio es un hermoso panorama de la Naturaleza tica del cual se destacan Cartago, la ciudad santa, y Alajuela, el pueblo heroico. Después bajo el glorioso pabellón tricolor pasan las sombras venerandas de Mora y de Cañas; las figuras descollantes del Dr. Castro, de don Julián Volio y de don León Fernández, las visiones finas y delicadas de nuestras grandes damas de antaño; y todo lo anima un soplo de piedad y de respeto por los antepasados, de veneración por los puros y abnegados esfuerzos de nuestra pequeña epopeya; de optimismo por nuestro futuro.

En esa filial y cariñosa ofrenda a la *Tierruca* se han reunido artículos de varias épocas que por interesantes y bien escritos lucen al lado de los nuevos y que ya combinados con sistema contribuyen admirablemente a la orientación nueva de este libro.

La segunda parte en cuya portada está esculpida la frase de Rodó: «Patria es para los hispanoamericanos la América española» se inspira en un verdadero afecto y en un ferviente culto, no solamente a los países hermanos del continente sino a la Madre Patria, para la cual se encuentran a cada rato frases de devoción, y a la que se dedican las primeras páginas, preciosa alabanza de su tradición, de su naturaleza y de su arte, y el elocuente discurso que en honor suyo pronunció el Representante de Costa Rica en la Conferencia reunida en Santiago de Chile hace poco.

Con una alta visión del destino común, de nuestra raza y de nuestro continente, el autor contempla los problemas de su progreso, de su bienestar y de su independencia. Su pensamiento recorre el inmenso campo de la Magna Patria: desde las orillas del Plata vuela hasta el antiguo Imperio Azteca y se detiene en muchas de las secciones del Nuevo Mundo para narrar sus proezas, para describir a sus hombres; para admirar los prodigios con que el Creador dotó a este suelo privilegiado.

Parece ser el espíritu de Rodó especialmente el que guiara al escritor entre las selvas de robles y laureles por las cuales transitaban los próceres de la Independencia y a cuya sombra incubaron en otro tiempo y meditan en la actualidad sus ideas, los conductores del pensamiento americano propio.

Entre los párrafos del libro hay loor y gloria para los grandes entre los grandes, Bolívar y San Martín, rosas para el «Abel de América» que supo ceñirse la corona de la Victoria y cultivar «lo bello de la vida», el arte y el amor; sin olvidar a tantos otros que grandes también fueron y esforzados luchadores.

En esa prosa cálida y fácil, sitio

tienen asimismo el gran pensador uruguayo y el gran reformador mexicano. Habla ella, ingualmente, de Bello y de Sarmiento, de Lima la ciudad encantada y de su gran poeta, De Alessandri el hombre de acción y de ideales nuevos y del Barón de Río Branco que fué tan excelente diplomático.

Un hermoso conjunto de hechos y de ideas; y en el horizonte la estrella del Libertador irradiando fe, constancia, amor a la patria, desprendimiento, sacrificio, sirviendo de faro y de guía a esta agrupación humana que está destinada a ser la depositaria de la grandeza y de la felicidad en los siglos venideros.

La prosa de Alvarado es cada vez más correcta y cuidadosa. Tiene del francés la claridad, los períodos cortos y diáfanos, la cultivada imaginación; su fondo es sano e idealista y tiende a todo lo que es bueno y generoso. Sus escritos son reflejo de su distinguida personalidad, una de las de más valer que tiene el país.

El entusiasmo y el optimismo que respira su libro son los mismos con que él colabora en toda empresa que signifique vida y adelanto para Costa Rica.

Quien honra a su patria y a sus padres se honra a sí mismo. *Nuestra Tierra Prometida* es un esfuerzo digno de este suelo querido, como es digna del distinguidísimo magistrado que le dió el ser, la tierna y sentida dedicatoria que le hace el autor.

(*La Tribuna*, San José de Costa Rica)

Nuestra Tierra Prometida se titula el nuevo libro que en manos de sus amigos y estimadores ha puesto el Licdo. don Alejandro Alvarado Quirós. En cuidada edición de los Srs. Trejos Hnos. ha salido la obra. La hemos leído en horas propicias, las de este día 15 de setiembre de 1925. Las páginas de *Nuestra Tierra Prometida* están impregnadas de un sentido amor a Costa Rica, como patria terrenal y como patria celestial, sustentada ésta en dos bienes supremos: la justicia y la libertad.

La dedicatoria del libro al padre bueno, ahora en los cielos, es un pequeño poema de amor filial; nos ha conmovido.

La fina erudición francesa del Sr. Alvarado le da gracia y matiz a sus escritos.

Señalamos en este libro: a) la visión geográfica de Costa Rica y la visión de su porvenir. Hay madera de estadista en el Sr. Alvarado; b) el patriotismo optimista y contagioso del autor (la patria como una forma de solidaridad) y su gratitud para con los fundadores de la República; c) el noble afán por darle a Costa Rica un puesto en la jerarquía del espíritu; ch) El unionismo, el hispanoamericanismo del autor, que resulta en esto un alumno aprovechado de Rodó. Desde luego, adversa el imperialismo yanqui. Vincula a Costa Rica con los generosos proyectos de Bolívar; d) el curso florido y armonioso del fraseo. El Sr. Alvarado es uno de los prosistas más distinguidos de Costa Rica, que los ha tenido y los tiene muy buenos.

Otras notas:

Hay en el libro que nos ocupa la vi-

sión del terruño y la de la patria grande. En ambas hay fe y entusiasmo.

De la vieja patria costarricense el autor destaca lo siguiente y en parte lo echa de menos: sus creencias religiosas, su amor a la paz y al trabajo, su celo autonomista, su amor a la enseñanza y a la justicia.

Páginas antiguas y nuevas se confunden en esta obra. Pero un hilo conductor va de la primera a la última: estimación y cariño entrañables por Costa Rica y fe en los altos destinos de nuestra América. Hay una lealtad evidente en las convicciones del autor a través de los años. Sus viajes a países extranjeros le dan relieve a la visión del suyo propio.

Ciudades, próceres, damas proceras: al tratar estos asuntos enseña. Posee el au-

tor una amena e interesante información acerca de Costa Rica, en su historia y en sus hombres públicos. Estupendo es el recuerdo de Mora y de Cañas.

Hemos echado de menos: una página dedicada a alguno de nuestros grandes escritores finados: Aquileo, Pío Viquez. El autor nos dirá que ese tributo ya lo pagó en uno de sus anteriores libros: *Bric a Brac*.

Sus oraciones son fervientes. El Sr. Alvarado Quirós no ha negado al homenaje público, su palabra armoniosa y su juicio certero y claro. En Costa Rica es uno de los amables aleccionadores.

Lease la obra. Leánla los jóvenes que aspiran a ser guías, en las magistraturas o en las escuelas y colegios.

gm

Apoteosis a Luis C. López

SE dice que Luis C. López ha sido coronado en el Bodegón, encantador centro literario y humorístico de Cartagena, que con toda la grave solemnidad de un rito ha ceñido la cabeza del tuerto con un gajo apolíneo.

Debajo de ese gajo, cómo debería sonreír la cara simpática de Luis C. López, y cómo guñarían extraña e irónicamente sus ojillos curiosos y estrábicos.

Luis C. López, ese talento tan ricamente original, se debe haber conmovido con esa prueba de amistad de sus amigos, que querían reír a costa de todo el país. Porque todo el mundo debe a estas horas encontrarse maravillado de que el poeta que ha cantado a la esquina, que ha cantado a un viejo farol, que ha reído extrañamente de la luna—la pobre luna de latón—haya recibido ese homenaje grave, severo, con que se honraba la gloria de los poetas populares, de los que llevaban al alma enardecida de los habitantes de las playas áticas el calor entusiasmado de las victorias. Así debió coronarse a Tirteo. Tirteo, el poeta cojo, cojo como Verlaine y tuerto como López, que conducía a los lacedemonios al triunfo.

Luis C. López ha sido coronado por los miembros de una asociación rabelesiana. El Bodegón—el viejo Bodegón a donde iba el tuerto cuando no asistía a la clase de latín, el viejo Bodegón de las jaranas estudiantiles, lo ha coronado grave, litúrgicamente.

El Bodegón ha acabado de esta manera con un rito clásico. Y ha hecho el máximo honor a un poeta paradójico y delicioso, que sencillamente y sin tomarse en serio, se ha colocado a la cabeza de nuestros poetas. Sí. Han debido ser laureles de verdad los que han ido a dar a las sienas del sutil analizador de nuestro medio. Porque Luis C. López necesitaba que se le coronara con laureles para tener algo más de qué poderse reír.

Y así, la Ciudad Heroica, que tiene en su seno fecundo un poeta, un grande y maravilloso poeta, que hace esguinces y cabriolas ante las murallas, ha conseguido un hijo coronado.

La ceremonia, rara, nocturna, fantástica, debió tener un extraño y alegre carácter de exotismo ante la espectacular gravedad de una ciudad «que tiene tantos años como victorias y tantas victorias como piedras en sus murallas.»

(*El Tiempo*, Bogotá).

Dr. ALEJANDRO MONTERO S. MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de una especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior: » 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475
Buenos Aires

¡Dios pluguiera, querido amigo, de hacer caer esta misiva bajo sus ojos el día de la conmemoración nacional de su República; cumpliría entonces un oportuno servicio de felicitación; felicitación a usanza de filósofo, empero, algo severa y cejijunta... Pero si hoy la arrojo a los caminos del mundo, es desde muy lejos de España, y de Madrid separado por maraña de itinerarios y fronteras. Desde lugares, por cierto, propicios a que tanto la emoción del pasado como la del presente den pábulo a la meditación. A mi diestra, grandes ciudades florecen — diríase que estallan — en la riqueza y el poderío. A mi siniestra, metrópolis ilustres se deshacen, secular y gloriosamente, en polvo. Una y doble lección, en espectáculo y en el recuerdo. ¿Progreso, decadencia, libertad, servidumbre...? ¿No fuera ya hora de que nuestra crítica quebrara, en torno de ciertos conceptos, el prestigio deslumbrador de algunos mirajes...? Sólo hay una verdad sobre la tierra, amigo mío, que no se deshaga también en tierra. Sólo hay una verdad, y es el Espíritu.

De los barrocos alambiques de la ideología del siglo xviii salió para uso — y para veneno — del xix el llamado *principio de las nacionalidades*. El «principio de las nacionalidades» digo, no el sentimiento de nación; hijo, el último — en su vaguedad inaprensible —, de una elaboración más honda y más lenta, de una elaboración varias veces secular. Ni puede negarse que también de este sentimiento hay esencia en aquel principio. Pero no un ingrediente solo, ni tres, entraron a formar parte de la estupendísima triaca. Sino que, analizándola, discerniríamos en ella presencia de ciertos jugos étnicos de germanismos: así como rastros de la propiedad romana; feudales trabacuentas entre soberanía y territorio; orgullos vecinales; reminiscencias del conservadurismo juliano; invocaciones rusionanas a la Naturaleza; kantianos doctrinarismos sobre el fin para sí...

El «fin para sí...» Este escapulario colgaba la Revolución al cuello de cada hombre, al cuello de cada pueblo. Cada hombre, un fin para sí mismo. Cada pueblo, un fin para sí mismo... Y de aquí tanta confusión en las mentes... Y de aquí tanta estupidez en los usos. Y de aquí tanta sangre en la historia. De aquí, sobre todo, la inquietud abierta, la justicia imposible, la eterna, irremediable *reclamación*. Cada pueblo un fin, está bien; cada fin, una nación; cada nación, una independencia. Pero, ¿dónde hay «un pueblo»? ¿Quién lo define? ¿La ley del más fuerte? Hemos visto

Carta abierta

a D. Alberto Ostría Gutiérrez,
Encargado de Negocios de la
República de Bolivia

levantarse los territorios contra los Estados, las comarcas contra los territorios, las ciudades contra las comarcas; aun dentro de cada ciudad un grupo de minoría ha podido llamarse a sí mismo «minoría nacional...» Y al lado de la rebelión separatista, la agresión incorporadora. Tal región debiera ser mía, porque con la misma formamos nación. Tal puerto debe caer bajo mi mano, porque en el siglo xii lo estaba. Y si los comienzos de un siglo vieron — en nombre del principio de nacionalidades — unas colonias de América convertirse en Estados, los comienzos del otro siglo acaban de ver — siempre en nombre del principio de nacionalidades — unos Estados de Europa convertirse en incendio, en carnicería y en podredumbre.

Mientras tanto, las conciencias más finas empezaban a preguntarse si en la doctrina de los «fines para sí» no habrá alguna superstición. ¿Es cierto que, en cada hombre, se dé, puede darse, una autonomía de derecho? La misma Revolución, el mismo liberalismo que pretendían emanciparle de toda coerción, en lo social, acababan por convertirle, en lo económico, en rueda mezquina de una máquina, en sujetarle a la agria esclavitud de la gran industria, al tiempo que le separaba de la suave servidumbre del pequeño gremio. ¿Es cierto que aquella autonomía corresponde en justicia a cada Nación? Los mismos vulpinos Tratados ochocentistas que establecían este principio y lo propagaban, inventaban la distinción entre grandes y pequeñas potencias; utilizaban sobre intervenciones y protectorados; legitimaban la colonización, y, lejos ya de cohonestarla con nobles ideas — como la conquista de almas y la universalización de la fe en el Cristo —, la dejaban hundida en la miseria moral de los bajos intereses utilitarios...

Pero ¿y si los hombres y los pueblos se constituyeran fines para sí, valores para sí, si sus pequeñas vidas individuales no se justificaran por el hecho solo de la existencia, sino en razón a un servicio prestado, por el precio de una *función*, en que se encuentre, a la vez que la noble servidumbre, la fecunda dignidad? ¿Y si, lo que para los hombres, *el trabajo*, lo constituyera para los pueblos, *la cultura*? «Te ganarás el pan; es decir,

la vida, con el sudor de tu frente», fué dicho a cada hombre. «Te ganarás la vida; es decir, la libertad, con la creación esencial de tu alma», debe decir a cada pueblo. No tenemos con la independencia, tesoro otorgado de un golpe, para siempre. Debe *ganarse* cada día, *revalidarse* cada día. Ganarse con el esfuerzo, con el trabajo, con la tarea, con la obra, con la misión. La vida — ni para los hombres ni para los pueblos — ha de limitarse a un tesoro hereditario. Ni la libertad es ningún *valor de renta*.

En ciertos pueblos americanos, especialmente, creo ver muy claro cuál debe ser, cuál es, la justificación de la independencia, según la ley del Buen Servicio; cuáles son, cuáles deben ser el *trabajo*, la *tarea*, la *obra*, la *misión*. Creo, por ejemplo, verlos de este modo en su país. Bolivia tiene, como tiene el Perú, como tiene Méjico, un gran problema local — que significa, a la vez, un gran problema universal —. Tiene el *problema del indio*; el de la situación del indio ante la cultura. ¿Qué hacer con esta raza? Se sabe que ha habido, tradicionalmente, dos métodos opuestos. Que el método sajón ha consistido en hacerla retroceder, en diezmarla, en, lentamente, exterminarla. El método español, al contrario, intentó la aproximación, la redención, la mezcla. No quiero decir ahora cuál de los dos métodos deba preferirse. Lo que hay que establecer con franca entereza es la *obligación de trabajar con uno o con el otro de ellos*. Es la imposibilidad moral de contentarse con una línea de conducta que esquivе simplemente el problema, y tolere la existencia y pululación de los indios al lado de la población blanca, sin preocuparse de su situación, más que en el sentido de aprovecharla — egoísta, avara, cruelmente — para las miserables faenas oscuras de la fatiga y de la domesticidad.

Cuando una obligación semejante de cultura se cumple, y se cumple bien: cuando una misión y un *mensaje* espiritual de este orden, justifican la existencia y la independencia de un pueblo, todas las Tacnas y todas las Aricas me parecerán pocas para dotarle de medios e instrumentos apropiados a una digna realización. Sin esto — y crea usted que las mejores conciencias del mundo abrigán hoy convicción y repugnancia análogas —, *ningún nacionalismo me conmoverá, ninguno me interesa...*

«¡Singular felicitación la de esta misiva de viajero!», pensará, por ventura, usted, mi querido amigo. Pero ya, desde el principio, le avanzaba que si aquí había parabién, iba a ser parabién a usanza severa... Y ya es-

tamos conformes en que el primer mandamiento de nuestro hispano-americanismo manda no recordar al antiguo, al blando hispanoamericanismo, de los otros. En esto de las patrióticas conmemoraciones, por otra parte, se me antoja que la reforma de nuestra moralidad no está cumplida más que a medias... De una parte del mar han sabido superar admirablemente algunos espíritus las supervivencias instintivas del despacho histórico. Justo parece que del otro lado del mar empiecen a saberse superar, en paralela hazaña, los vulgares deliquios del júbilo fanfarrón.

EUGENIO D'ORS

(De A B C. Madrid).

Un desengaño

HEMOS sufrido una profunda, una lamentable desilusión cuando hemos visto que Guillermo Valencia es partidario de la pena de muerte.

Otra tarde, en esta misma temporada parlamentaria, el público aplaudió el gesto que severamente hacía levantar al poeta de su asiento a declarar que votaba en contra del proyecto que la restablece. El público lo aplaudió, porque siempre está dispuesto el colombiano a aplaudir a Valencia. Y ayer, en una sesión en que hubo más de una sorpresa, el Maestro Valencia se levantó de su curul patricia a declarar que era bueno, que era necesario, que era lógico que la guillotina sombría ejerciera su oscuro dominio sobre las vidas de los hombres.

El primer voto adverso de Valencia fue tomado por todos como una

declaración de su fe en estas materias. Y todos se engañaron. Ese voto sólo obedecía, como lo dijo ayer, a que el proyecto no le satisfacía en su forma, pero el nuevo sí le satisface, y por ello no sólo votó ayer efusivamente, sino que defendió lo que él llamaría «el mordisco glacial de la guillotina»; la pena de muerte «vendimiadora que la tez y las almas descolora».

Cuando se volvió a levantar el fantasma lívido, cuando se anuncian otra vez en el futuro calvario de la República, las cruces nefastas que indicaban las primeras ejecuciones, no pudimos jamás suponer que Valencia, el artifice que ha tenido arranques de misticismo, que ha sido a veces un epicúreo y siempre un filósofo amable y humano, fuera el primero en levantar su figura lírica, que impone respeto por una larga tradición intelectual, para rendir homenaje a un proyecto insensato, presentado por un triste prurito de hacer alarde de reacción.

El cantor de *Anarkos*, las páginas que fueron escritas con sangre, no tiene, ni ha tenido derecho para sonreír de su obra de ayer, profundamente humana y sincera, para hacer hoy el ditirambo de la horca. La humanidad es la característica de la obra de nuestro poeta, y la humanidad ha guiado siempre sus actos más sencillos. ¿Por qué hoy quiere recordar oscuras fazañas de guerras civiles para que no le tiemble la mano al firmar el voto que establece el patíbulo? No nos imaginamos a Valencia con una alma torva de hombre medioeval, ni queremos suponerle una voluptuosidad maligna en la muerte de sus compatriotas, que hubiera germinado en la sensualidad

pervertida de un duque del Renacimiento. Y apenas esto sí puede ser una *boutade* del Senador, un paso en falso que da el político.

Desconsoladora y melancólicamente impresionados salimos de la sesión maravillosamente exótica de ayer en una tierra donde han germinado las más altas tradiciones democráticas. Pero sobre todo, el gesto ambiguo del doctor Valencia, que cede a la presión de sus cooptarios, es lo que nos ha descorazonado. Y apenas si podríamos decir con el autor de *Ritos*:

¿Quién me dirá si un huevo es de torcaz o víbora? La mente no sabe leer lo que en el tiempo asoma: el hombre, como el huevo, en nidos de dolor será serpiente, en nidos de piedad será paloma!

(El Tiempo, Bogotá).

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Luis López de Mesa: <i>Iola</i> . . .	1.00
José M. ^a Chacón y Calvo: <i>Hermano Menor</i>	1.00
J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbajelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosista uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta)	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Luis Cané: <i>Mal estudiante</i>	4.00

Equivalencia: ₡ 4 = \$ 1. oro am.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Don Francisco Giner de los Ríos

EN febrero se cumplió el primer decenio de la muerte de don Francisco Giner de los Ríos. Todo español de hondo y sentido patriotismo habrá de honrar con agradecida emoción la memoria del maestro. El deber ineludible de crítica negativa frente a los falsos valores de un patriotismo, por ser éste escarnio de los más nobles sentimientos de comunidad espiritual, ha de trocarse, en esta ocasión, en alabanza positiva. Don Francisco Giner ha creado la patria española, espiritual, culta y seria. Trabajó por mantener la continuidad científica y humana, y por enlazarla a la conciencia del mundo. Durante una época de oprobio, poco respetuosa con tan sutiles valores, fué incansable apóstol de los derechos del espíritu. Su figura será honrada por generaciones venideras, como punto luminoso de la España del siglo XIX. Las otras sombras, las de sus perseguidores, que en la historia se pavonean con casaca, voz hueca y desmán de violencia, se confundirán, con la distancia cada vez más, en masa anónima, espesa y terrosa. Duro surco, al que rompe con esfuerzo el espíritu, donde siembra el germen de un pueblo.

A D. Francisco Giner se debe la continuidad de la patria espiritual española. Pero en D. Julián Sanz del Río, su maestro, hay que buscar el nuevo brote de la cultura en nuestro país, en el siglo XIX.

Meses antes de morir, trazó don Francisco, agobiado por el remordimiento de no haberlo hecho antes, y siempre con el propósito de ampliar la obra, unas notas biográficas sobre don Julián Sanz del Río, firmadas por «Un discípulo». Fué en 1914, con ocasión del centenario del nacimiento del filósofo español.

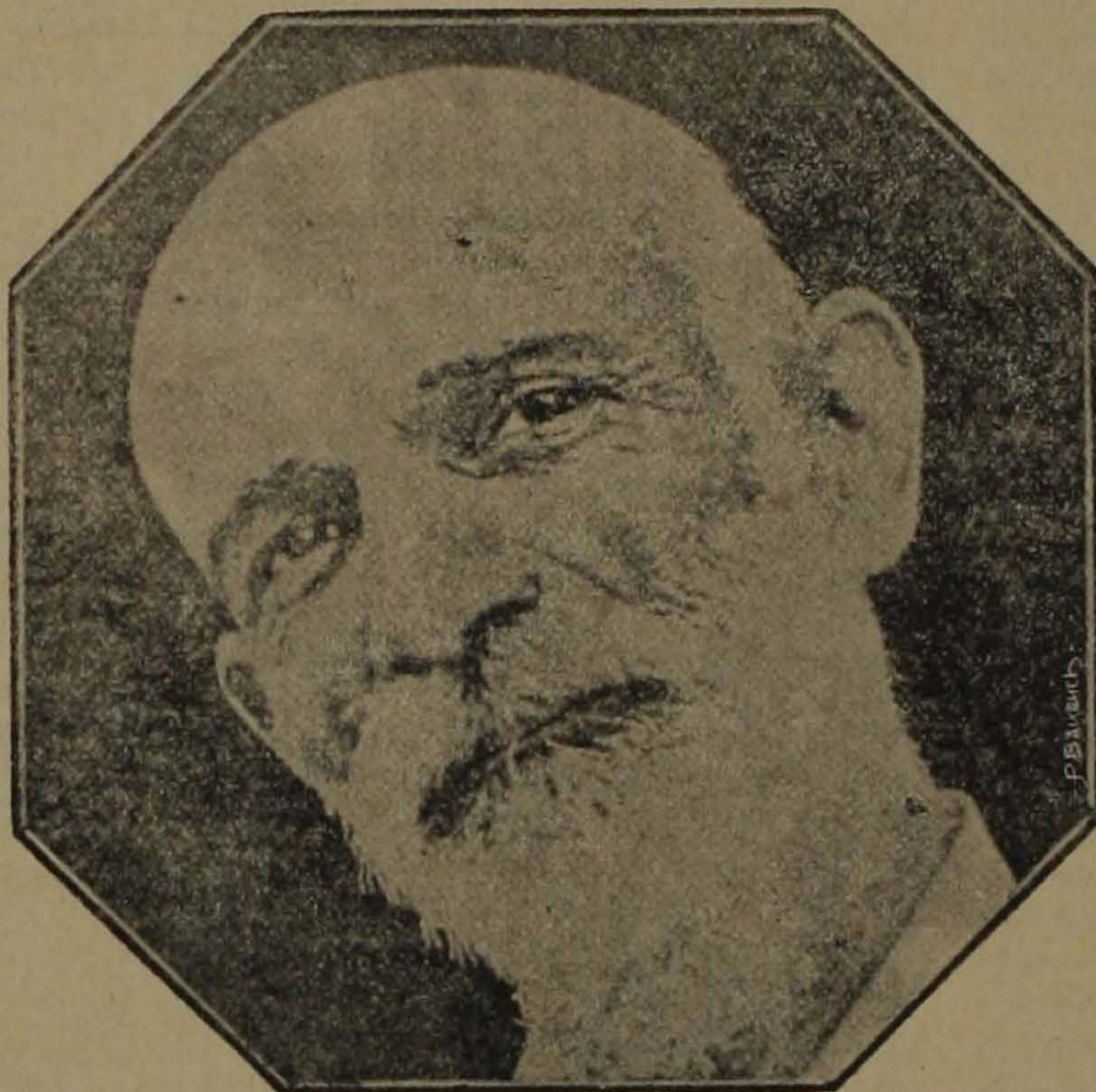
En ellas decía: «La verdadera señal y testimonio de su paso por el mundo del espíritu nacional está en la diferencia—tan pequeña o tan grande, como se la quiera suponer—entre la España intelectual de 1860 acá y la de antes: diferencia cuya raíz fundamental le es precisamente debida». Es cierto, Sanz del Río fué el precursor. Bastó entonces, en 1857, que el filósofo trajera a España un eco de conciencia europea, de probidad científica y moral, para que los hombres españoles más ilustres del siglo XIX se agruparan, a nombre de la cultura, en magnífico ademán de dignidad civil. Vivieron como isla, refugio del espíritu, en la espesa España isabelina, y durante la fatal Restauración, sin que persecuciones o cárceles quebrantaran su firme ánimo, empeñado en la gran aventura del triunfo de la cultura.

Mientras que Sanz del Río ahondaba en el bello libro, consolación de almas, *Ideal*

grande Apóstol de España

POR

MANUEL PEDROSO



de la Humanidad para la vida, el país se complacía en un magnífico analfabetismo. De 15, seis millones de habitantes sabían leer, el 19,7 %. La burguesía era, si no iletrada, inculta. El absolutismo fernandino había aplastado el renacimiento espiritual, muy siglo XVIII, y enciclopedista, que iniciaron los diputados de Cádiz. Los nuevos ricos de la desamortización, especuladores en ferrocarriles, no sentían gran respeto ni por la ciencia ni por los intelectuales. La Corte borbónica era un reflejo del país, y no precisamente Corte florentina. Un cierto matiz de graciosa picardía velaba el estilo de finura que suele adornar a la realeza. Su Majestad mismo, aunque muchacho muy precoz, era «incredibly ignorant», como dice un historiador inglés.

Horroriza el imaginar la suerte de España, si no hubiera intervenido entonces, para desviarla, un factor individual, pero de vuelo insospechado. El ministro D. Pedro Gómez de la Serna pensionó a don Julián Sanz del Río para que estudiara filosofía en Alemania. El hijo de unos pobres campesinos de Torrearévalo, en la árida Provincia de Soria, educado a expensas de un canónigo, tío suyo, habría de labrar el futuro de España con más beneficiosa eficacia que todos los turbulentos figurones de la Corte isabelina. Anudó Sanz del Río la cultura de España a la de Europa. En Heidelberg estudió con los discípulos de Krause, Roder y Leonhardi, y con el historiador Weber. Vuelto

a España solicita permiso para retirarse a estudiar, alegando, raro ejemplo de probidad, no hallarse lo bastante preparado. Concedida la licencia, aunque con pérdida de la cátedra, Sanz del Río se recluye en Illescas, la villa toledana de Cervantes, donde se veneraban, entonces sólo como santos, unos cuadros del

Greco. A los ocho años, elaborado su sistema filosófico krausista, fermento de la intelectualidad española, logra reconquistar su cátedra, desde donde irradia su acción científica y educadora.

No tardaron los enemigos en darse cuenta del peligro que representaba Sanz del Río. Le persiguieron a nombre de la religión y del orden. El ministro Orovio le privó de la cátedra en 1867, por negarse Sanz del Río a subscribir una profesión de fe católica y dinástica. Aunque repuesto en ella por la revolución, en 1868, no la explicó mucho tiempo, pues amargado por las calumnias y la saña de sus perseguidores, murió en 1869, a los 55 años. Aun después de muerto fué vejado. Un busto que los albaceas de Sanz del Río colocaron en la Facultad de Filosofía, para perpetuar la memoria del maestro, pereció ante la ira destructora de un profesor, que creía así interpretar el espíritu de la Restauración entonces triunfante.

La *Análítica* y las *Lecciones sobre el sistema de la Filosofía*, «cuya depuración y rigor—dice don Francisco Giner—no han sido nunca superadas, representan la parte central de su obra». Ciertamente, pero tanto como el contenido de su filosofía teórica, ya pasada, influye en España, a más de su noble ejemplo de seriedad científica, la parte práctica. Sanz del Río, siguiendo a Krause, quería la ciencia para el hombre. Y así, *El Ideal de la Humanidad*, publicado en 1860, que Sanz del Río refundió, del *Urbild der Menschheit* de Krause, acoplándolo a la realidad y a las necesidades morales de España, fué un libro director de los problemas de la vida diaria española.

El *Ideal de la Humanidad* coloca al hombre en la Historia. Responde a la corriente romántica y a su interés por los problemas de la misma, que tanto destaca Schelling, el maestro de Krause. El hombre aspira a vivir no en tierra ajena, sino con el anhelo de crear la «patria terrena», que hoy no existe. Tiende a la humanización de la Humanidad en la tierra. Ha de crear una segunda naturaleza superior—el mundo como historia—que garantice al hombre la libertad, armonizando todas las oposiciones. La Historia revela este rasgo en la creación progresiva de sociedades, para el fin total humano, cada vez más completas, hasta llegar al establecimiento en el mundo del Estado unido de Europa, y del Estado unido de América.

(Pasa a la página 45)

UN Abril de hace ciento veinte primavera, nació en una de las islas dinamarquesas, un niño al que bautizaron sus padres con los nombres de Hans-Cristián.

Era raquítico y esmirriado y como además venía al mundo en hogar pobre, todas las probabilidades se conjuraban para que no llegase a ser feliz.

Su infancia no se pasó, efectivamente, en ese dulce descuido que hace que algunos recuerden la primera edad como un paraíso del cual la vida nos destierra.

Su padre era carpintero, como el de otro niño cuyo nombre, tres veces sacrosanto, él llevaba; carpintero que, con los despojos de un catafalco de un señor, hubo de construir una cuna para su pequeño Cristián.

La suerte, un tanto macabra, quiso que, siete años más tarde, su primer traje de hombre que estrenara, fuese cortado por su madre, de la negra tela en que se envolviera el ataúd del pobrecito carpintero.

Hans-Cristián había quedado huérfano de padre, y caídos en el desamparo, debía recordar como dichosos los tiempos en que todavía podían comer, negro y coreáceo, el pan nuestro de cada día.

Entonces y no mucho más tarde debió salir a buscarse la vida por su cuenta escapando de la burguesa ciudad donde se le conocía por el hijo de la lavandera borracha.

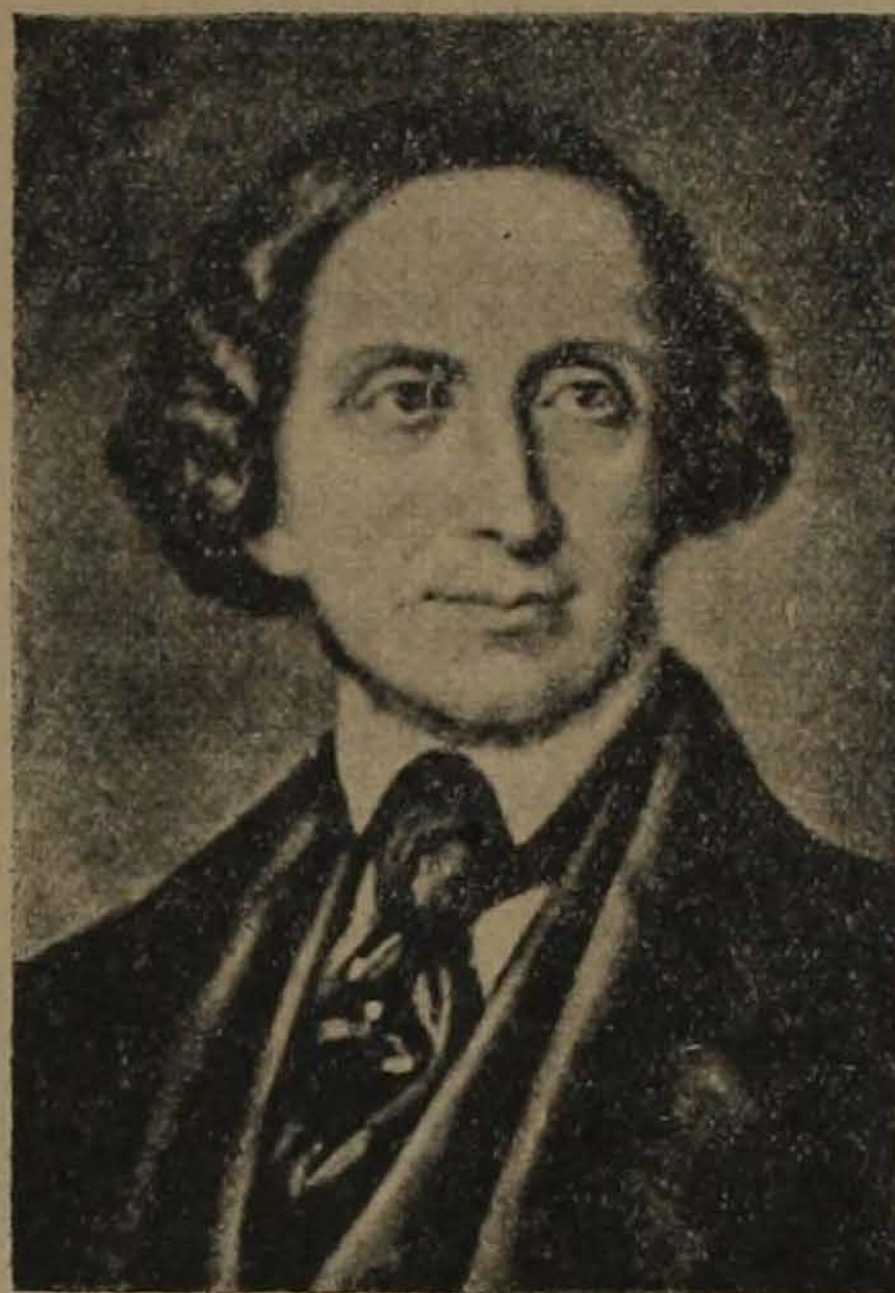
El ha contado en uno de sus cuentos esa triste historia que hizo que su madre, aterida por el frío de las aguas del río, donde debía lavar, tratara de reanimarse con ese sol de los pobres que se llama aguardiente. Y son páginas tan desgarradoras, que, a través de los años y de la gloria, se siente que el huérfano no sólo perdona sino que justifica a la triste viuda.

Partió el niño; en varios otros de sus cuentos él ha narrado sus aventuras de aprendiz sin oficio, sus vagabundeos y, casi olvidando las almas duras con que debió tropezar en su camino, el luminoso recuerdo de aquellas otras que tuvieron para él un poco de ternura. Allí está su cuento del niño que da sepultura a un cadáver y después se ve protegido por el alma del muerto; allí ese otro del hortera, en que habla inolvidablemente del compadre Tilo y del compadre Sauce y evoca su primer amor sin consuelo...

Porque los seres de elección como aquel adolescente danés, forzosamente han de ser derrotados donde los demás triunfan, para poder triunfar donde los demás, todos los demás, son derrotados.

Y en esta etapa de su vida se

Andersen



Por

AUGUSTO D'HALMAR

colocan los dos más maravillosos de sus cuentos, el *Sapo* y el *Patito Feo*. Recordémoslo brevemente.

En el fondo de un pozo vive desde varias generaciones una familia de batráceos, sin más contacto con el mundo «de arriba» que un cubo que suele descender para subir agua; pero precisamente la abuela les ha repetido una terrible aventura en que ella, joven, subió por descuido en el cubo; y todos se le apartan temiendo pueda sacarles fuera de su húmedo y amado pozo.

Todos menos nuestro sapito, que sueña con esa aventura y con otros relatos fantásticos de la abuela, tales como la leyenda de que entre todos los sapos uno viene, cada mucho tiempo, al mundo, que trae una piedra preciosa en la cabeza.

Y decide subir; pero una vez el cubo sobre la hierba, un grito de horror que da la mujer que sacaba el agua, le enseña su primera amarga lección y casi le hace caer otra vez al pozo, como la abuela.

El tiene fe y esperanza y aunque muchas desventuras le sucedan, es feliz nada más que por haber escapado a la eterna noche de las tinieblas. Es cierto que aun ahora le parece estar todavía en el fondo de otro pozo, tal vez más profundo, y sueña, para alcanzar el cielo, con meterse de un salto en ese cubo refulgente que ve descender todas las tardes hasta el fondo de la tierra y que no es otra cosa que el sol

Una garza real lo percibe desde lo alto, donde él la ve volar extasiado y precipitándose sobre el suelo le arrebató en su pico. Tal vez va a engullírselo; pero el sapito no sabe sino que asciende hacia el azul y que vuela.

Y era él, seguramente, entre todos —concluye el narrador— el que llevaba en la cabeza la piedra preciosa porque ¿qué otra cosa vendría a ser sino ese anhelo de azul y de altitud?

El *Patito Feo* es casi lo mismo, sólo que esta vez se trata de una buena ánade que empolla sus huevos y se asombra de no acabar de ver romperse el cascarón del último. Las vecinas que vienen a visitarla le aconsejan desconfiar, no vaya a ser un huevo de gallina y todas se asombran cuando al fin hace eclosión un horrible polluelo; pero al ponerle a prueba, llevándole a nadar, el recién nacido lo hace tan bien que hay que desechar la idea de que sea espurio y conformarse con su fealdad.

De cuando en cuando, los patos que felicitan a la ánade por su nueva cría, se conduelen de que el menor de ella sea tan horrible; pero la madre lo escusa diciendo que el pobre es bueno.

Harto de picotazos y desaires, el patito deserta del estanque natal y, como el sapo, se va a correr el mundo, y como al sapo le ocurren las más peregrinas y tristes peripecias. Sólo halla unos días de tregua en el corral de una buena vieja, entre una gallina ponedora que asegura que el mundo llega hasta el campanario y un gato que se apelotona junto al fogón.

Pero el patito siente la nostalgia de nadar y se lo confiesa a la gallina, que se horripila de lo que ella llama fantasías de la ociosidad; el patito no sabe poner huevos como ella, ni hacer ron ron como el gato; luego es un inútil; que se lo pregunte, al gato, si es cosa de animales sensatos el soñar con el agua; y si no que se lo pregunte a la vieja que es la sabiduría personificada.

Y el patito incomprendido (como *El Ruiseñor del Rey* y el gorrioncito de las *Escenas del Corral*), decide reanudar su vida aventurera y aventurosa hasta que llega al lago de un palacio, donde divisa los seres más hermosos que hubiera podido concebir su imaginación de poeta.

Se trata de cisnes y le parecen tan prodigiosos que decide acercarseles aunque le vaya en ello la vida.

Con estupefacción ve que la ebúrnea bandada le acoge como suyo. Los niños de la casa, que les echan migas de pan, gritan, palmoteando entusiasmados: ¡Hay otro más, otro

más, y es el más hermoso!—y al mirarse reflejado en el agua ve que su imagen es también la de un cisne.

—¡Qué importa—exclama esta vez el cuentista—qué importa haber nacido de un huevo de pata si al fin y al cabo se era cisne!

Hans-Cristián Andersen, el hombre que para los niños de todas las latitudes y las épocas, escribió estas insuperables fábulas, era él mismo no sólo un poeta sino el poeta, por antonomasia. Yo me atrevería a creer que nadie en la literatura universal ha realizado todavía en grande lo que él llevó a cabo en pequeño.

Su obra fluye de su corazón, y como es el caso que se trata de uno de los más puros corazones que jamás hayan latido nos enseña sin proponérselo, la verdad y el bien. Porque aquel danés desvalido, de una

infancia precaria de hace un siglo, andando la vida había llegado a ser el más feliz, y andando el tiempo, es para nosotros el más feliz y el mejor, el mejor y el más feliz.

En sus cuentos del *Soldadito de plomo* o de *La cometa y el clavicordio*, nos deja entrever la que fué su ancianidad solitaria de solterón, pero sabiéndose amado por los niños, los únicos cuyo cariño vale la pena conquistar, en los cuatro ámbitos del mundo. El mismo dice en sus memorias, que cuando veía los estantes de madera en blanco de sus libros y las blancas cortinillas de sus ventanas, daba gracias al cielo por haberle procurado la más serena de las felicidades. El, que escribió *Los Zuecos de la Ventura*, sabía que ésta consiste en darle gracias a Dios por el lote que nos haya deparado.

Hace ciento veinticinco años que

nació, en abril y en abril murió, hace medio siglo. Miles de miles de ancianos, que ayer fueron niños, y de niños, que mañana serán ancianos, lo llevan entre sus más íntimos afectos. Yo sé decir por mí, que nadie me inspirará más amor nunca y a nadie sino a él llamaré con tanta emoción Maestro.

Tiene un monumento en Copenhague, donde aparece sentado en la actitud del abuelo que se dispone a contar un cuento. Su infantil auditorio se encarama en el respaldo y en los brazos del sillón, para oírle mejor, y un pequeñuelo hay que se trepa en sus rodillas para acariciarle.

La inscripción no dice sino: «Hans-Cristián Andersen, 1805-1875. Dejad que los niños vengan a mí»

Madrid, mayo de 1925.

(De *La Nación*,
Santiago de Chile.)

Los acontecimientos extraordinarios que tienen por teatro, actualmente, el Norte de Africa y el Extremo Oriente, afectan de un modo tan directo al vasto conjunto de las relaciones internacionales que, en su presencia, los pueblos de esta parte del mundo no pueden permanecer impasibles. La paz mundial—numerosos y graves indicios lo revelan—está en peligro. Por eso los pueblos latinoamericanos, anticipándose al desenlace, quizá inminente, del presente estado de cosas, deben estar listos para asumir la actitud que corresponda a sus ideales históricos y a sus verdaderos intereses.

La Unión Latino-Americana, una de cuyas normas fundamentales es la «acción conjunta de nuestras naciones en todos los asuntos de interés mundial», cree indispensable contribuir con una opinión clara y serena a un mejor y más justo conocimiento de la situación internacional, a una apreciación más acertada del carácter y la trascendencia de los actuales conflictos. Si ella auspicia, como principio básico, la confederación de Ibero-América, es porque ve en la unión continental el único medio de garantizar nuestra independencia y libertad «contra el imperialismo de los Estados capitalistas extranjeros». Todos los factores, en consecuencia, que debiliten o inhiban la acción agresiva de ese imperialismo, los estima propicios; inversamente, la Unión Latino-Americana considera que el éxito político o militar del imperialismo, en cualquier parte del mundo, agrava el peligro que se cierne sobre nosotros.

Ello hace que miremos con simpatía los esfuerzos que despliegan los pueblos de otros continentes para

emanciparse de la dominación capitalista extranjera. Además, al luchar con denuedo por la libre existencia nacional, esos pueblos reivindican un sagrado derecho que las naciones de América no pueden desconocer sin abandonar sus propias tradiciones. Las grandes Potencias que, en contradicción con los principios que profesaron durante la pasada conflagración, pretenden ahogar en sangre aspiraciones tan legítimas, no defienden la civilización, como afirman algunos de sus estadistas. Perpetúan en realidad el caos, cercano a la barbarie, en que sus apetitos rivales han sumido al Viejo Mundo; lo que defienden es el privilegio de explotar, en beneficio de sus propias clases dirigentes, a los trabajadores de las colonias. Ya dijeron de Turquía los aliados, en 1916, que era «decididamente refractaria a la civilización occidental», y Gran Bretaña impulsó a los griegos a la desastrosa aventura de Anatolia; hoy reina, después de siglos de lucha, la paz entre el ex-Imperio Otomano y las naciones de Occidente, porque aquel pueblo logró conquistar el goce de su soberanía. Del mismo modo, sólo habrá orden y estabilidad en Asia y Africa cuando los pueblos de China, de la India, de Egipto y de Marruecos hayan alcanzado la independencia a que tienen derecho.

La puja imperialista en torno de Marruecos hubo de precipitar, en

1911, la conflagración europea; los actuales sucesos, a su vez, pueden ser la causa de nuevos sacudimientos bélicos. La Unión Latino-Americana, en vista de ello, desea dar a nuestros pueblos la voz de alerta, para que, llegando el caso, eviten por todos los medios el verse arrastrados a la lucha. Somos ciertamente partidarios de una sociedad de Naciones verdaderamente democrática y universal, de acuerdo con la tesis argentina; más si la Liga de Ginebra pretendiera la intervención de nuestra América en la contienda que se avvicina, respondan estos pueblos con la declaración de nuestra honda simpatía por los oprimidos.

(De *Renovación*,
Buenos Aires)

Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas
Aparecerá el 15 y 30 de cada mes,
en cuadernos de 28 páginas.

Directores:

FROYLÁN TURCIOS y ARTURO MARTÍNEZ GALINDO.

Dirección y Administración:

Esquina casa Streber.

Tegucigalpa, Honduras. Centro América.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

Página lírica de Miguel de Unamuno

=Del tomo *De Fuerteventura a París*, por Miguel de Unamuno. Editorial Exe-sior. París. El subtítulo de la obra: «Diario íntimo de confinamiento y destierro vertido en sonetos».

Se trata de una poesía política y religiosa entrañable y fuertemente sentida. Cuarenta y más sonetos de la serie nos han gustado mucho. Salgan estos por ahora

Y al noble don Miguel, las gracias más sentidas por lo que nos ha honrado con el envío del ejemplar que extractamos=

10

Voy ya, Señor, a los sesenta, historia
larga mi vida de tenaz empeño,
y siento el peso del eterno sueño
que llega con la carga de la gloria.

Cuarenta años son ya que en esta noria
uncido al yugo de roblizo leño
para desarrugar, Señor, tu ceño,
voy regando de España la memoria.

Sin su tumba española, triste sino,
dicen que no hay rincón de tierra alguno;
que ni un rincón de cielo cristalino

haya sin una cuna—y yo la cuna—
de idea de mi lengua determino
que ha de hacerlo Miguel de Unamuno.

13-V-1924.

11

2 de mayo de 1874, en Bilbao.

Hace ya medio siglo—era yo un niño—
cuando en mi duce villa el Dos de Mayo
ví entre nubes brillar el primer rayo
de libertad civil. En el escriño

de las leyendas guardo con cariño,
bajo la sombra augusta de Pelayo,
tal visión infantil por si un desmayo
me turba la razón. Tiene el armiño

del manto real mechones de raposa
empapados en sangre de gallina
y aun el muñeco que lo gasta osa

charlar de patria, honor y disciplina,
pero siente ya el peso de la losa
que ha de cerrar la boca de su mina.

13-V-1924.

El 21 de febrero de 1874, cuando no tenía sino nueve años y medio escasos, sentí caer junto a mi casa de Bilbao la tercera de las bombas que los carlistas lanzaron contra la Invicta Villa liberal. Cincuenta años justos después, el 21 de febrero de 1924, me arrancaban, los carlistas también, de mi hogar de Salamanca para enviarme confinado a Fuerteventura.

Lo de «mechones de raposa» no se refiere a zorra hembra. Si no fuese por la rima habría dicho raposo, pero es sabido que ese nombre es común de dos. Y es sabido también que Don Alfonso, que admira a su bisabuelo Fernando VII, se cree astuto como éste.

Lo de «sangre de gallina» alude a la frase de Don Alfonso, que cuando supo lo que los rifeños pedían por el rescate de

los cautivos de Annual dijo que estaba muy cara la carne de gallina. He puesto «sangre», aunque la verdad es que aborrece, como explicaré al comentar el soneto 98, la «efusión de sangre», aborrece la hemofilia, aquella triste enfermedad del zarevich que llevó al trágico Rasputine al Palacio del último zar de Rusia.

12

Un siglo ya que al turbulento Riego
hizo ahorcar el abyecto rey Fernando,
el vil tirano de cobarde mando,
siglo en que España no ha hallado sosiego.

Vuelve el digno biznieto al mismo juego
y nos quiere colar de contrabando
la monarquía neta al par que dando
a su tronchado cetro sangre en riego.

Mas ni aún así ese basto ha de dar flores,
ni hoja, ni fruta, ni ha de darnos sombra,
porque se ha de quemar a los ardores

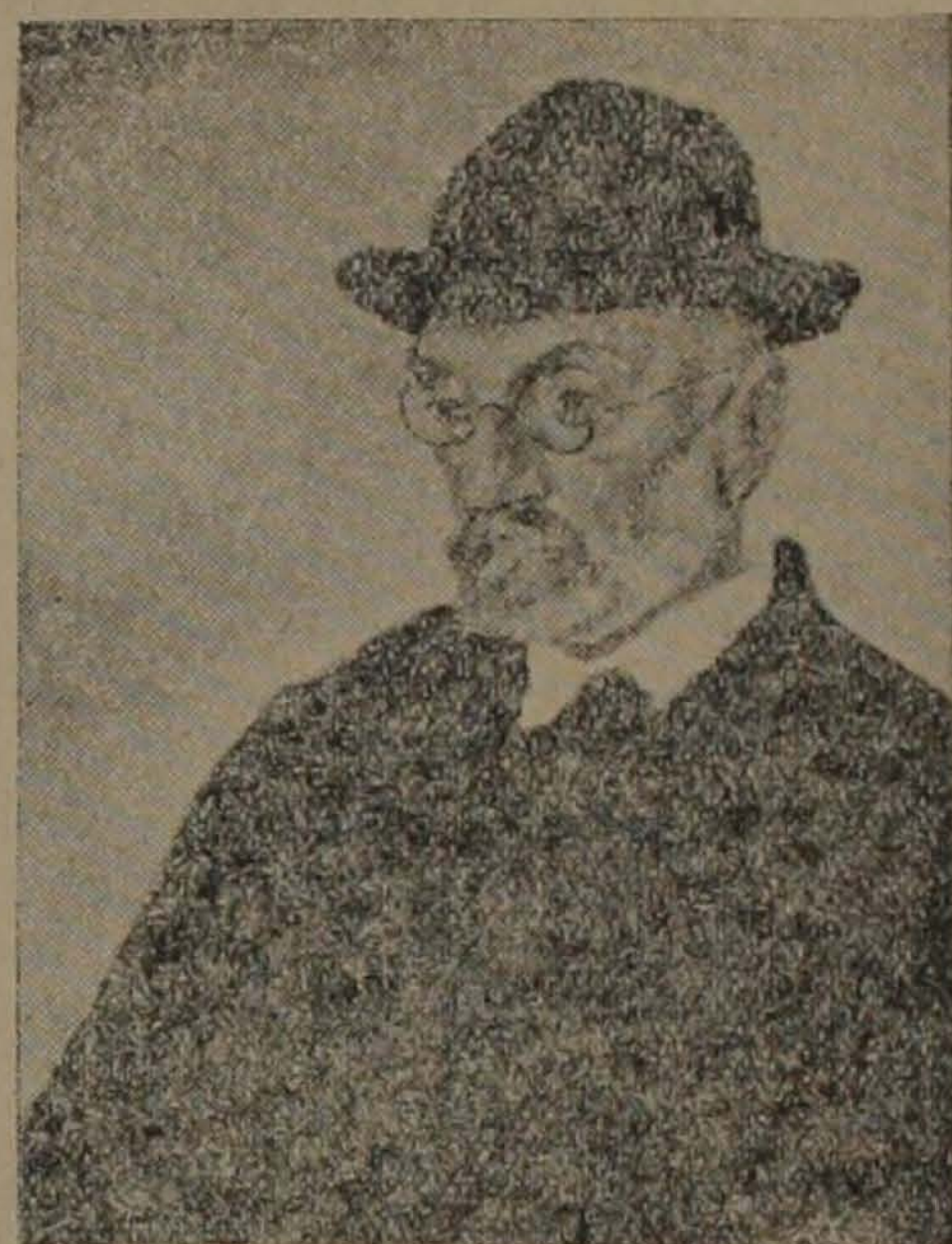
del sol de la justicia a que no asombra
nube de vil pedrisco, y los traidores
al pueblo han de servir al fin de alfombra.

13-V-1924.

Se ahorcó, no se degolló a Riego; es decir que fué sin efusión de sangre y véase el comentario al soneto 98. Y a Riego no se le ahorcó por haberse sublevado en Cabezas de San Juan, sino por haber declarado en las Cortes de Sevilla, con otros diputados a los que no se pudo prender, que el rey estaba loco.

Lo que no sé es si al ser ahorcado vertió o no hacia fuera sangre el desgraciado Riego, no sé si fué su suplicio con efusión de sangre o sin ella. Y véase a este respecto el comentario al soneto 98.

Viajando una vez con Don Alfonso XIII, en el tren, desde Zamora a Salamanca, me contó cómo siendo niño se divertía en la Casa de Campo en hacer pasar a unos cochinos por el aro, como en el circo, ejercicio muy propio de un rey constitucional. Y como una vez le hubiese dado uno de los cochinos con la jeta en la cara, me decía: «Si yo fuese supersticioso y creyese en eso de la metempsicosis!—me colocó la pepeleta!—habría supuesto si era que el alma de alguno de mis antepasados, encarnada en aquel cochino, venía a saludarme». Don Lorenzo Domínguez Pascual, entonces ministro de Instrucción Pública, que también lo oyó, sonreía esfingicamente y acaso pensaba en el aro constitucional. Yo me acordé de Fer-



Miguel de Unamuno,

Retrato por Vázquez Díaz

nando VII, el bisabuelo de Don Alfonso, y de aquella su frase: «Entremos todos, y yo el primero, por la senda constitucional». Acaso fué él quien, encarnado en aquel cochino, fué a repetírselo, con un gruñido, a su biznieto. Mas como no había truchimán, y éste, el biznieto, no entendía, por entonces a lo menos, la lengua porcina, no lo comprendió.

15

Mat. XXV-14-30.

Al sol de la verdad pongo desnuda
mi alma; la verdad es la justicia
que a la postre a la historia siempre enjuicia
y ante la cual pura la fe no muda.

El me enseñó a cantar con mi voz ruda
lo que otros callan y al perverso enjuicia
y me enseñó a escapar de la avaricia
de dones del Espíritu; El me escuda.

Doy lo que Dios me dió, pues mi talento
moral no entierro por temor al amo;
mal le sirve el cobarde, el avariento;

voy a su ley de amor como a reclamo,
echo mi entera mies al libre viento
que deja el grano y que se lleva el tamo.

16-V-1924.

Esto está escrito mientras enteramente desnudo tomaba baños de sol en la azotea del «Hotel Fuerteventura», de Puerto Cabras.

La parábola evangélica de los talentos debe ser muy conocida, no siendo de los tradicionalistas cainitas, para que tenga que exponerla y explicarla aquí. Verdad es que los predicadores harto tienen con despotricar contra lo que llaman liberalismo.

18

Hechos de los Apóstoles, XXVIII, 20.

Tu evangelio, mi señor Don Quijote,
al pecho de tu pueblo cual venablo
lancé, y el muy bellaco en el establo
sigue lamiendo el mango de su azote.

Y pues que en él no hay de tu seso un brote,
me vuelvo a los gentiles y les hablo
tus hazañas, haciendo de San Pablo
de tu fe, ya que así me toca en lote.

He de salvar el alma de mi España,
empeñada en hundirse en el abismo
con su barca, pues toma por cucaña,

lo que es maste, y llevando tu bautismo
de burlas de pasión a gente extraña
forjaré universal el quijotismo.

19-V-1924.

Tampoco quiero exponer lo que el libro
de los *Hechos de los Apóstoles* cuenta en
ese pasaje para que los lectores tengan que
acudir a él. Aunque esté con notas de un
jesuita.

20

Ecequiel, II.

«¡Ponte—me dijo—en pie, que voy a ha-
[blarte!]

Y en pie me puse y prosiguió: «Tu raza,
llena de desvarío, me rechaza
la mano fiel con que le doy su parte.

Aun confía su salud en Marte
y va de los infieles a la caza...
¿Infieles? En sus manos puse maza
para hacer en vosotros el descarte.

Acuérdense del día del estrago
cuando mi dedo les mostró el camino,
día de la justicia, día aciago;

ni el agua que pasó vuelve al molino
ni montó nunca mi siervo Santiago
más que tal vez en un manso pollino».

20-V-1924.

Santiago, el evangélico, no fué caballero.
Ninguno de los discípulos de Jesús debió de
montar a caballo, ya que él, el maestro,
cuando entró en Jerusalén, lo hizo montado
en una pollina. Y hasta lo de que San Pa-
blo, camino de Damasco, fuese a caballo es
leyenda extraevangélica.

El «estrago» se refiere al de Annual,
acaecido cerca del día de Santiago de 1921.

26

Ante su último retrato.

Ahora que voy tocando ya la cumbre
de la carrera que mi Dios me impuso
—hila su última vuelta al fin mi huso—
me dan tus ojos su más pura lumbre.

Siento de la misión la pesadumbre,
grave carga deber decir: «¡Acuso!»,
y en esta lucha contra el mal intruso
eres tú, Concha mía, mi costumbre.

En la brega se pierde hojas y brotes
y alguna rama de vigor se troncha,
que no en vano dió en vástagos azotes;

pero al alma del alma ni una roncha
tan sólo me rozó que con tus dotes
eres de ella la concha tú, mi Concha.

24-V-1924.

En toda mi lucha civil de estos últimos
años el apoyo mayor que he tenido es la
entereza de espíritu de la compañera de mi
vida, de la que me prendé casi en la niñez,
de la que ha sido y es mi baluarte y mi
más hondo consuelo. ¡Bendita sea entre las
mujeres!

42

Liberales de España, pordioseros,
«la realidad, decís, se nos impone»;
pero esa realidad, Dios os perdone,
es la majada de que sois carneros.

Como estáis solos, ¡oh, legión de ceros!,
no valéis nada, ni hay quien eslabone
vuestra cadena ni el cantar entone
que hace mover el remo a los remeros.

Liberales de España, cortesanos
no de la espada, de la teresiana,
comprendo al fin que no sois mis hermanos;

echáis la siesta con heroica gana,
guardáis la lengua en las temblonas manos
y dáis al esquila vuestra lana.

31-V-1924.

En una carta que recibí en Fuerteventura,
y escrita por uno de los ex-diputados socia-
listas, se me decía que era forzoso atempe-
rarse a la realidad. A lo que contesté que
realidad viene de *res*, cosa, y pueden creer
que hay que plegarse a ella los que, con-
forme a la interpretación llamada materia-
lista de la historia, opinan que son las cosas
las que hacen a los hombres y los llevan;
pero los que, como yo, creemos, en senti-
miento histórico de la historia, que son las
personas, los hombres, los que hacen las
cosas y las llevan no debemos plegarnos a
esa realidad material y que conmigo llevé
a la isla la *personalidad* de España.

97

¿De dónde, adónde, para qué y cómo?
Este es todo el afán de la tragedia,
donde se encierra toda enciclopedia
y en piel humana encuadernado el tomo.

De ver punto final ni leve asomo;
la brega del buscar cría la acedia,
triste dolencia que nada remedía;
sólo la niñez tierna guarda aplomo.

Y brota desde tierra la pregunta;
acaba la respuesta con un *pero*...
cuando la cuna al sepulcro se junta;

gira el talón por el mismo sendero,
vuelve lo arado a arar la misma yunta
y vuelve lo último a ser lo primero.

Paris, 9-XII.

Después de haber escrito los cuartetos y
dejado en suspenso el soneto, leí en un en-
sayo de Carlyle (*Characteristics*) esto:

«Aber»... con un «Pero»... Esta fué la úl-
tima palabra que salió de la pluma de Fe-
derico Schlegel; hacia las once de la noche
la escribió y se detuvo enfermo; a la una
de la mañana el Tiempo se le sumergió en
la Eternidad; ya no era más, como decimos».

Eso del *pero*... final me caló hasta el
hondón del alma, sacudida por la tragedia
de mi patria y de la civilización cristiana—
¿cristiana?—toda.

La pena de muerte

CUANDO la ola de la criminalidad
amenaza hundir a una sociedad
indefensa, que no dispone de medios
para contenerla o prevenirla, el legis-
lador piensa en la pena de muerte,
como en un extremo recurso, al cual
no puede llegar sino temblando. Como
medida preventiva es insuficiente y
como castigo es absurda. La socie-
dad no tiene el derecho de castigar
sino el de defenderse. Ante Dios es
posible que no haya responsables.

Aunque no se justifique, se explica
el criterio de quienes consideran la
última pena como una garantía contra
el aumento de la criminalidad, como
un fantasma que ha de asustar a
quienes se aventuren por los sende-
ros vedados. Pero lo que nadie po-
drá explicarse nunca sino como una
aberración de espíritus enfermos, es
el entusiasmo con que jóvenes y vie-
jos de determinada agrupación polí-
tica, miran hacia el patíbulo como
hacia un espectáculo.

Cuando se acaben las razones de
orden científico, que las hay en abun-
dancia, contra la supresión legal de
la vida, deberemos los enemigos del
cadalso restablecer el prestigio del
sentimentalismo, objeto de mofa para
charlatanes que las dan de hombres
fuertes, pero expresión de altísimas
conciencias en quienes se refracta
mejor la luz divina.

L. E. NIETO CABALLERO

(El Tiempo, Bogotá).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación, Misceláneas
y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avi- sos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da
un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

Suscribase al REPERTORIO AMERICANO
y recoméndelo a sus amigos.

Don Francisco Giner...

(Viene de la página 40).

El «ideal de la Humanidad» inspira al grupo de discípulos de Sanz del Río. Exhorta a tolerancia y cultivo del hombre nuevo frente al africano. Predicado sin distinción de partidos, suponía necesariamente en un país de intolerancia, hombres liberales que trataran de llevarlo a la práctica. La filosofía krausista inspira nuestra revolución de 1868 y todo el periodo de la República. Prim al vencer en Alcolea, y el pueblo al grabar la frase histórica «Cayó para siempre la raza espuria de los Borbones», en los muros de un edificio público en Madrid, halló el apoyo de un grupo de hombres civilizados para los cuales era marco estrecho la España isabelina.

* * *

Don Francisco Giner continuó la tradición de cultura y seriedad científica que Sanz del Río injertó en la aridez española. Era D. Francisco, cuando yo le conocí en los últimos quince años de su vida—nació en Ronda en 1839, murió en Madrid el 18 de febrero de 1915—un viejo de barba y pelo canos, de ojos brillantes, tez tostada por el aire del mar, de la montaña y del campo. Su cuerpo era menudo, pero ágil y vigoroso, siempre vibrante, como la inquietud de su espíritu, del cual era sólo reflejo. Su conversación era intencionada y jovial, desbordante de cordialidad. Nunca le abandonó un cierto donaire andaluz, de finura depurada. La juventud parecía característica de su ser. Todo él evocaba aliento fresco de montaña. Hierbas olorosas, tomillo del Guadarrama, jara y cantueso. Parecía que su alma se despertaba cada día limpia y sin dejo de fatiga por la improba labor de ayer, de todas las horas de su existencia. Una frase muy suya, y que Luis Zulueta recordó cuando su muerte, es rasgo que le define: «¡Claro—solía decir en tono jovial a los discípulos y amigos—ustedes piensan de otro modo! ¡Aquí no hay más joven que yo!»

¿Reformador? No. ¿Qué había de reformar? Creador de realidad nacional. Habían de crearse instituciones y personas. Esta fue su tarea. Al observar hoy la realidad española adivinaremos, sin riesgo de error, en todas las instituciones culturales de valor europeo y seriedad científica, la influencia de D. Francisco o de sus discípulos o afines. Sólo citaré el Museo Pedagógico, la Junta de Pensiones, el Centro de Estudios Históricos y la ejemplar Residencia de Estudiantes.

La intelectualidad española se ramifica hoy en direcciones originales, apartadas de D. Francisco; pero ¡qué pocos son los hombres de esta generación que no hayan recibido de Giner el impulso que les arroja a la cultura! A él se debe esa peregrinación de los mejores cerebros españoles a Europa, que ha cambiado la faz de nuestra espiritualidad. Recuerdo que en una de sus

cartas—sus cartas estaban siempre encendidas de esperanza y de ánimo—me escribía: «No habrá salvación para este país hasta que media España esté en camino hacia el extranjero y la otra media, de vuelta».

No era D. Francisco un extranjerizante. Era un patriota ardoroso. Pero no entendía la patria como horda que vive de prestado, «en humilde y voluntaria servidumbre moral», según frase del maestro Sanz del Río, o como permanente «rebelión de esclavos que no quieren ser libres». Sentía Giner en su alma todo el dolor de la raza. El martirio que él había sufrido hasta conseguir la redención cultural, era el mismo que atormentaba a tantos miles de españoles. Y así había en D. Francisco, asociada al severo gesto pedagógico, una infinita comprensión por aquellos a quienes trataba de arrancar la dura cantera de Beocia para convertirlos en hombres libres.

Cuando el estudiante, con anhelo de saber insaciado, después de haber consumido los años en las aulas universitarias, entraba en la cátedra de Filosofía del Derecho, que explicaba Giner, veía abrirse ante él un mundo adivinado, perohasta entonces no descubierto. Aquella clase no era una disertación solemne. El maestro se esforzaba, con ocasión de la investigación científica, en guiar a los discípulos por el mundo, en darles el sentido de orientación de que carecían. No desperdiciaba D. Francisco, en aquella clase tan viva, motivo para tratar cualquier tema ajeno a la Filosofía del Derecho, pero que, prendiendo en la conciencia del discípulo, iniciaba en ella un nuevo caudal de espiritualidad. Sentado entre los alumnos, barajaba D. Francisco sus notas. Destacaba problemas, dibujaba direcciones, escuchaba extractos de lecturas. Hacía vibrar la conciencia del discípulo, a la que despertaba con preguntas socráticas. Con aquel método «intuitivo, realista, utópico, que no es el mejor ni el peor, sino el único», aquella clase—junto con la «Institución»—era un seminario del profesorado español. El pobre licenciado, procedente de un medio anticultural y deformado por la enseñanza universitaria, se convertía, tocado por la luz del maestro, en fermento que, a su vez, contribuiría a sacudir la modorra del país. Si no siempre desde la altura de la genialidad, siempre como hombre estimable y recto que no traicionaría la pureza del ideal desde cualquier puesto donde actuara.

De este modo D. Francisco Giner no ofrecía a España un ideal abstracto de cultura, sino que forjaba, al fuego de su espíritu, una realidad concreta. Tampoco oponía como único remedio al mísero estado de la Nación la obra política, militante y revolucionaria. «Aunque, desde luego, sus ideas filosóficas y sociales—apunta D. Manuel B. Cossio, hijo espiritual y sostenedor hoy de la obra de D. Francisco—le situaban al lado

de los que rompieron la vieja forma monárquica era radical como nadie, pero antirrevolucionario por principios». Creía que sólo la educación interna podía transformar a un pueblo. Como Giner pedía tanto en materia de cultura, le parecían mínimas las exigencias de los partidos más avanzados en materia de reformas políticas.

¡Qué dura fue la lucha contra aquel medio! Giner la sufría con entereza. «Las minorías, escribía en 1889—y todos cuantos quisiéramos remover el fondo de la educación nacional somos una minoría aún, y lo seremos largo tiempo—no tienen por único deber investigar, censurar, ensayar, propagar; no sólo han de ser perseverantes, incorruptibles y enérgicas, sino sufridas, medidas e indulgentes». Y si don Francisco en el periodo de 1868 hasta el fin de la República, en 1874, gozó el triunfo inmediato de la actividad espiritual, provocando en la vida universitaria española «un comienzo de desarrollo interno que maravilla por lo rápido» pronto, cuando la Restauración, tan mal avenida con el auge intelectual de España, conoció don Francisco la amargura de aquel medio de Beocia consolidada. Tuvo frente a su obra todo «el falso patriotismo, ignorante, holgazán y bien avenido con nuestro miserable estado, por falta de amor y devoción al ideal y voluntaria incapacidad de alzar los ojos sobre el prado en que despunta la hierba». Y sin embargo, poco antes de morir don Francisco repetía: «nuestro afán es siempre evitar la guerra, la intolerancia salvaje, el africanismo, trabajar en paz con todo el mundo en los infinitos problemas técnicos y espirituales».

Cánovas, aquel estadista que dijo venir a continuar la historia de España, tomándola en agosto—no en setiembre de 1868, como observó Giner—restableció por decreto, refrendado por Orovio, aquel mismo Orovio que destituyó a Sanz del Río, en 1875, la «Ciencia oficial», monárquica, católica y escolástica, en método y disciplina. Y ¡ay del profesor que se resistiera! El ministro ordenaba proceder contra ellos «sin ningún género de contemplaciones». Para honra de España los profesores discolos, entre los que se contaban Salmerón, Azcárate, Linares, Alfredo Calderón, Barnés y don Francisco Ginér, y otros varios, protestaron contra la arbitrariedad. Unos fueron deportados, otros procesados o destituidos. Cánovas trató de ahogar la protesta enviando un emisario a Giner con la oferta de que el decreto, aunque figurara en la *Gaceta*, no se cumpliría en la práctica. Don Francisco se negó a subscribir esta picardía gubernamental, y de noche fue arrancado por la policía del lecho, en el que yacía enfermo, y entre dos guardias civiles se le hizo cruzar media España hasta confinarle en Cádiz, en el castillo de Santa Catalina. El *Times*, de Londres, dió gran vuelo al asunto, y la Universidad de Heidelberg envió a España una protesta suscrita por hombres de fama mundial como eran Zeller, Helmholtz, Wundt, Oncken y Bluntschli.

Los profesores destituidos fundaron a poco

la Institución Libre de Enseñanza, hogar de todo el movimiento de renovación cultural de España, y que ha acabado dando nombre al movimiento simbolizado en la persona de Giner. No es ocasión esta de insistir en la historia de la obra admirable, ni en esforzarse en exponer sus principios directrices, que acordes con el ideal de don Francisco, más se esforzaban en educar hombres que no en instruirlos, o sea transmitirles el caudal de saber heredado. «El concepto de la escuela ya no es saber sino educar» trazó en una nota la mano de don Francisco poco antes de morir. Y al desarrollo de ese concepto colaboró siempre—y colabora—la Institución Libre de Enseñanza, hoy dirigida por Cossío. Los principios de la institución han inspirado en América el Gimnasio Mo-

derno en Bogotá, obra de Agustín Nieto y Caballero, nacida, según dice su autor, del eco de una conversación con don Francisco Giner.

Toda la lenta labor pedagógica de don Francisco no era bastante para aquietar su dolorido espíritu, enfrentado con la realidad política española ¿Qué hubiera hecho don Francisco?, suelen preguntarse hoy sus discípulos. ¿Qué hubiera hecho? Unos fragmentos de una carta dirigida a *Clarín*, en 1896, vísperas de consumarse aquella primera gran catástrofe de la Restauración, la pérdida de las colonias, nos muestran la actitud de Giner frente a una aguda situación política: «¡Qué horas estas, qué horrores, qué ruina moral y material, qué amar-

gura, qué caída, qué corrupción, qué piedad tan grande entra en el alma toda por tanto dolor dentro y fuera de nosotros, tan bajo como va cayendo este pobrecito pueblo, que saldrá de la agonía, pero cuándo!...» Siente el maestro piedad inmensa, piedad hasta por los que desde arriba arruinan al pueblo en su caudal moral, de sangre y de bienes. «No lo harían si hubiera algo debajo». Pero a esa piedad va unido el remordimiento, «por qué no hacemos, por qué no hago yo de seguro lo que puedo y debo, por qué es imposible que yo no pueda y deba hacer más y mejor de lo que hago, y esto me da tanto pesar...»

Madrid, marzo 1925.

(*La Nación*,
Buenos Aires).

Comentarios fugaces

Como si continuara la conversación que hace poco tuve con usted, señor García Monge, habré de insistir en que sus propósitos me parecen muy bien concebidos. REPERTORIO AMERICANO debe ser una revista, como hasta ahora ha sido, dedicada devotamente a operar la más amplia difusión de ideas. Poco importa que por ahora tal labor no alcance a ser justamente apreciada en el país. Ya ve usted que, en cambio, la estimación extranjera es mayor cada día, y que procede de los más escogidos espíritus. Y no se detiene en ser estimación, sino que sabe ser colaboración y, además, poco a poco busca cómo hacer del REPERTORIO uno de los órganos predilectos de un vasto movimiento cultural hispanoamericano.

En el país crece lentamente, pero con firmeza, el número de los jóvenes que leen con simpatía la publicación. Ello augura la posible presencia de un hermoso instante en el cual se encontrará rodeada por algo más que la simpática curiosidad de un grupo o que el entusiasmo de unos pocos. Llegará a existir seguramente, con todo su prestigio espiritual, la preocupación de que la admirable revista consiga multiplicar su fuerza y definir categóricamente su trascendental función. Es claro que esa promesa nos viene de un porvenir distante.

Nada contribuirá tan acertadamente a enriquecer la misión de la revista y a preparar la aparición de aquellos frutos, como el propósito suyo de mantenerla en mitad de las luchas y alejada, no obstante, de carcomidos partidarios viejos y al par, de prematuros partidarios nuevos. Aludo especialmente a la maestría con que atina usted a recoger todas las voces y a procurar que las sobresalientes destaquen distintamente. Y de prefe-

rencia me refiero a las voces que surgen a propósito de los problemas e inquietudes que en conjunto integran el tema cardinal hispanoamericano.

La actitud prudente es la suya: oír las todas con respeto y dejar que los demás las oigan como quieran. Oír a Lugones y a Vasconcelos, a Sanín Cano y a todos los demás. Tantas, tan augustas voces como a veces se levantan, tendrán que concertarse al cabo en la trascendencia de algún evangelio. Hay que esperar. El afán de apresurarse a organizar partidarios no puede hacer otra cosa que entorpecer y retardar la legítima expresión de las ideas. Mientras estos hombres que otean los horizontes para indicar las grandes trayectorias de las ideas hablen con sinceridad, nuestro deber será oírles y desear que nada enturbie, ni menos la enconosa agresión, el espontáneo florecimiento de ideas. Cuando *Nosotros* acoge a Sanín Cano, por ejemplo, es porque quiere oír de su verbo dilecto la sesuda indicación de orientes. Cuando Samuel Glusberg se interesa por la defensa literaria de Lugones, aunque en lo político disienta de él, es porque en la amplitud del medio bonaerense se logra imponer la necesidad de oír todas las veces sin pasarlas por el filtro de las capillas. Si hablara de mi país diría lo mismo, a pesar de que allá no logramos sustraernos a la influencia del cenáculo tanto como sería deseable. Y lo diría a fin de recalcar que en países más pequeños, como Costa Rica, lo prudente es aprender a oír todas las voces. Desde aquí no se abarca toda la perspectiva del inmenso paisaje espiritual que presenta el continente en su urgente meditación para interpretar sus destinos. Mas, en cambio, como no tenemos

aquí probablemente los hombres guías que la hora reclama, estamos fuertemente obligados a tratar de alcanzar con la vista hasta las últimas lejanías.

A falta de centros de cultura superior, a falta de prensa que agite las grandes cuestiones, a falta de la expedita y abundante circulación del libro, su REPERTORIO, señor García Monge, sentirá, día tras día, que crece en él la necesidad de elevar y multiplicar sus antenas. Para éstas lo deseable es que asocien, como dos colores de una bandera, dos lemas de infinitud: altura y sensibilidad.

EL PASAJERO

Heredia y setiembre.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Ultimos estilos
Trabajos modernos

Calle del tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.



Los artículos que no lleven indicación de donde se han tomado, deben considerarse como envío directo de sus autores a este semanario.

El signo sutil

Más de una vez, ya consumada la obra de Redención y cerrado el drama de su existir mortal, hubo de manifestarse el Señor a sus discípulos. Podían acompañar a la aparición y dar testimonio de su autenticidad ciertos prodigios señalados. Así el que llaman de la pesca milagrosa.

Pero, en alguna otra ocasión, no era el signo precisamente un milagro. Sino algún rasgo sutil de naturalidad y normalidad... ¿Parecerán estas ocasiones menos sublimes?

He aquí una de ellas, que encontramos referida en San Lucas,

Camino de un pueblo distante de Jerusalén en sesenta estadios avanzaban dos apóstoles, envueltos por la melancolía de una tarde de primavera.

Tardo el paso, la cabeza caída, turbios de lágrimas los ojos, iban hablando los dos caminantes de su tristeza y orfandad. Grandes cosas eran acontecidas en Israel. Un varón justo, poderoso en la obra y en la palabra, había vivido entre ellos, embriagándoles con una visión maravillosa. Pero había sido crucificado y muerto. Y este era el tercero día después de la muerte. En verdad, el sepulcro estaba vacío. Pero al Maestro nadie le había visto aún. Y con la vaciedad del sepulcro, los discípulos sentíanse todavía más abandonados...

Ahora todo parecía como un sueño.

Y he aquí que Jesús se encuentra de pronto entre los dos y anda el camino en su compañía. Pero, embargados los ojos, no le conocen.

Y Jesús habla a los apóstoles y ellos le contestan. Pero siguen sin conocerle.

Les recuerda el decir de Moisés y las profecías. Les llama insensatos y tardos de corazón... Y ellos no le conocen aún.

Mas, arribados a lugar los apóstoles, Jesús dió muestras de querer seguir más adelante. Y ellos le retenían por la fuerza, diciéndole: «Quédate con nosotros, porque se ha hecho tarde y ha declinado el día».

«Y entróse con ellos. Y, estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo; y, después de partirlo, les daba de él».

«Entonces fueron abiertos los ojos de ellos y le reconocieron...»

Más tarde «contaban cómo le habían reconocido en el partir el pan».

¿Cómo podía ser esta manera de partir el pan de Jesús, en que alcanzaba a conocerle quien no le conocía ni en la presencia, ni en la voz, ni en la palabra, ni en el reproche?

Debía de ser como una fiesta. ¡Las manos del Maestro dejando una porción en cada mano!

Debía de ser como una bendición. ¡El alimento, la vida, repartidos así!

Debía de ser una manera de partir llena de economía y de sabiduría. Llena de generosidad y justicia clara. Ninguna mano tendida se quedaba sin su porción.

Y, en el instante mismo de la división, sentíase cada cual interiormente iluminado por el resplandor de una fulgurante ecuación distributiva. Cada cual



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

advertía con evidencia cómo era la parte que le tocaba.

Y venía después una alegría muy grande, al ver que, a cada porción de justicia, todavía era agregada otra, de graciosa piedad.

Y otra alegría más grande al ver que también había su porción el pobre hermanito que sólo de una graciosa piedad podía esperarlo. Y todavía quedaban migajas para las avecillas volanderas.

En esta manera amorosa de partir el pan era conocido el Señor por sus discípulos.

Señor, ¿dónde estáis?

Los tiempos son de hierro, y los hermanos nos partimos el pan con la ley a la vista, hosca la mirada, rechinando los dientes.

Y a veces nos despedazamos en la disputa por un mendrugo.

Y aquí está el hambre. Y aquí, el rencor.

¡No sabemos partirnos el pan, Señor...! Señor, ¿habéis huido para siempre de nosotros?

Manos de Jesús,—santas manos de Jesús,—manos de dulzura y de piedad,—manos de armonía,—¡partidnos el pan!

EUGENIO D' ORS

El árbol bueno

Arbol grato: yo no te he sembrado;
yo no te he dado luz, ni aire;
y tú, generoso, piadoso, magnánimo,
me das sombra en el largo camino.
Sombra, perfume, cantos me das,
por cuanto no te ha dado mi egoísmo...
Si grabo en tu corteza mi nombre
te causaré una herida.
Te alzas de la tierra al cielo,
no como una protesta iracunda,
antes como una imploración a Dios.

Si alguien osa esgrimir el hacha
yo te defenderé—que tú eres pulmón del mundo
y consoladora medicina del cielo.
Si el leñador te tumba
para quemar tus ramas,
yo arderé contigo.
Y, mientras tú das a los vientos tu humo,
yo daré a Dios el humo de mi pensamiento,
árbol grato, árbol mio!... (Bajo tu sombra
queda firmada esta dulce promesa).

AGUSTÍN ACOSTA

El anillo de Polícrates

Polícrates, hijo de Eases, en aquella isla ⁽¹⁾ se había levantado. Al principio de su tiranía, dividido en tres partes el Estado, repartió una a cada uno de sus dos hermanos; pero poco después reasumió el mando de la isla entera, dando muerte a Pantagnoto, uno de ellos, y desterrando al otro, Silosonte, el más joven de los tres. Dueño ya único y absoluto del Estado, concluyó un tratado público de amistad y confederación con Amasis, rey de Egipto, a quien hizo presentes y de quien así mismo los recibió. En muy poco tiempo subieron los asuntos de Polícrates a tal punto de fortuna y celebridad, que así en Jonia como en lo restante de Grecia, se oía sólo en boca de todos el nombre de Polícrates, observando que no emprendía expedición alguna en que no le acompañase la misma felicidad. Tenía, en efecto, una armada naval de 100 *pentecónteros*, y un cuerpo de mil alabarderos a su servicio; atropellábalo todo sin respetar a hombre nacido; siendo su máxima favorita que sus amigos le agradecerían más lo restituido que lo nunca robado. Apoderóse a viva fuerza de muchas de las islas vecinas, y de no pocas plazas del continente. En una de sus expediciones, ganada una victoria naval a los Lesbios, los cuales habían salido con todas sus tropas a la defensa de los de Mileto, los hizo prisioneros, y cargados de cadenas les obligó a abrir en Samos el foso que ciñe los muros de la plaza.

Entre tanto, Amasis no miraba con indiferencia la gran prosperidad de Polícrates su amigo, antes se informaba con gran curiosidad del estado de sus negocios; y cuando vió que iba subiendo de punto la fortuna de su amigo, escribió en un papel esta carta y se la envió en estos términos:—«Amasis a Polícrates.—Por más que suelen ser de gran consuelo para el hombre las felices nuevas que oye de los asuntos de un huésped y amigo suyo, con todo, no me satisface lo mucho que os lisonjea y halaga la fortuna, por cuanto sé bien que los dioses tienen su poco de celos o de envidia. En verdad preferiera yo para mí, no menos que para las personas que de veras estimo, salir a veces con mis intentos, y a veces que me saliesen frustrados, pasando así la vida en una alternativa de ventura y desventura, que verlo todo llegar prósperamente. Dígoté esto, porque te aseguro que de nadie hasta ahora oí decir que después de haber sido siempre y en todo feliz, a la postre no viniera al suelo estrepitosamente con toda su dicha primera. Sí, amigo, créeme ahora, y toma de mí el remedio que voy a darte contra los engañosos halagos de la fortuna. Ponte sólo a pensar cuál es la cosa que más estima te merece, y por cuya pérdida más te dolieras en tu corazón: una vez hallada, apártala lejos de ti, de modo que nunca jamás vuelva a aparecer entre los hombres. Aún más te diré: que si practicada una vez esta diligencia no dejara de perseguirte con viento siempre en popa la buena suerte, no dejes de valerte a menudo de este remedio que aquí te receto».

Leyó Polícrates la carta, y se hizo cargo de la prudencia del aviso que le daba Amasis; y poniéndose luego a discurrir consigo mismo cuál de sus alhajas sintiera más perder, halló que sería sin duda

un sello que solía siempre llevar, engastado en oro y grabado en una esmeralda, pieza trabajada por Teodoro el Samio, hijo de Telecles. Al punto mismo, resuelto ya a desprenderse de su sello querido, escoge un medio para perderlo adrede, y mandando equipar uno de sus *pentecónteros*, se embarca en él, dando orden de engolfarse en alta mar, y lejos ya de la isla, quítase el sello de su mano a vista de toda la tripulación, y arrojándolo al agua, manda a dar la vuelta hacia el puerto, volviendo a casa triste y melancólico sin su querido anillo.

Pero el quinto o sexto día de su pérdida voluntaria le sucedió una rara aventura. Habiendo cogido uno de los pescadores de Samos un pescado tan grande y exquisito que le parecía digno de presentarse a Polícrates, va con él a las puertas de palacio, diciendo querer entrar a ver y hablar a Polícrates su señor. Salido el recado de que entrase, entra alegre el pescador, y al presentar su regalo:—«Señor, le dice, quiso la buena suerte que cogiera ese pescado que ahí veis, y mirándolo desde luego por un plato digno de vuestra mesa, aunque vivo de este oficio y trabajo de mis manos, no quise sacar a la plaza este pez tan regalado; tened, pues, a bien recibir de mí este regalo». Contento Polícrates con la bella y simple oferta del buen pescador, le respondió así:—«Has hecho muy bien, amigo: dos placeres me haces en uno, hablándome como me hablas, y regalándome como me regalas con ese pescado tan raro y precioso: quiero que seas hoy mi convidado». Piénsese cuán ufano se volvería el pescador con la merced y honra que se le hacía. Entre tanto, los criados de Polícrates al aderezar y partir el pescado, hallan en su vientre el mismo sello de su amo poco antes perdido. No bien lo ven y reconocen, cuando muy alegres por el hallazgo, van con él y lo presentan a Polícrates, diciéndole dónde y cómo lo habían hallado. A Polícrates pareció aquella aventura más divina que casual, y después de haber notado circunstanciadamente en una carta cuanto había practicado en el asunto y cuanto casualmente le había acontecido, la envió a Egipto.

Leyó Amasis la carta que acaba de llegarle de parte de Polícrates, y por su contenido conoció luego y vió estar totalmente negado a un hombre librar a otro del hado fatal que amenaza su cabeza, acabándose entonces de persuadir que Polícrates, en todo tan afortunado que ni aun lo que abandonaba perdía, vendría por fin al suelo consigo y con toda su dicha. Por efecto de la carta hizo Amasis entender a Polícrates, por medio de un embajador enviado a Samos, que anulando los tratados renunciaba a la amistad y hospedaje público que con él tenía ajustado; en lo cual no era otra su mira sino la de conjurar de antemano la pesadumbre que sin duda sintiera mucho mayor en su corazón si viniera a descargar contra Polícrates el último y fatal golpe que la fortuna le tenía guardado, siendo todavía su huésped y público amigo.

HERODOTO

(Los nueve Libros
de la Historia)

(1) La isla de Samos, una de las más célebres de Grecia.